

Hugo Wast

Autobiografía del hijito que no nació



EDICIONES THEORÍA

Rivadavia 1255, 4º, Oficina 407
1033 Buenos Aires

Hecho el depósito que ordena la ley
Buenos Aires - Septiembre 1994
(Impreso en la Argentina)
ISBN: 987-9048-03-2

© Ediciones Theoría, 1994
Rivadavia 1255, 4º Piso Of. 407 - Telef. 381-0131
Buenos Aires

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA, MAESTRO DE AMÉRICA. *

De algunos años a esta parte, se ha pretendido dar el título de *Maestro de América* a no pocos hombres de relieve intelectual o de acción fecunda, nacidos en algunos de los países de prosapia hispana. Según los portorriqueños, corresponde esa gloria a Eugenio María Hostos; los ecuatorianos consideran que es gloria que corresponde a Juan Montalvo; según los cubanos a José Martí; a juicio de los chilenos, nadie como José Toribio Medina es digno de tal calificativo, y entre nosotros no han faltado quienes han creído ingenuamente que Domingo Faustino Sarmiento era el más acreedor a tan alta calificación.

El hombre que pretende ser maestro, ante todo y sobre todo, ha de ser hombre, esto es, ha de tener el entendimiento sometido a la verdad y la voluntad sometida a la moral, y ya que se trataba de hombres que vivieron y actuaron en países fundamentalmente cristianos y católicos, ha de tener todo lo dicho, dirigido y elevado por la Fe. Cuando a esto se llega, se tiene al hombre completo, al hombre por excelencia, y que con sólo quererlo será en verdad un maestro.

En un hombre y en un maestro de esa tesitura, humana y divina, la razón da luz, la imaginación vivifica, la religión diviniza.

Tal fue, entre nosotros, el caso de José Manuel Estrada, en las postrimerías de la pasada centuria, y ése ha sido el caso de Gustavo Martínez Zuviría, desde principios de este siglo hasta el día de ayer, con la enorme ventaja a favor de éste de haber contado con un auditorio incomparablemente más amplio e incomparablemente más deseoso de escuchar sus lecciones.

Como hombre, sería difícil discernir el primero y segundo puesto, pero en cuanto a los alcances de sus lecciones verbales, Martínez Zuviría, no ha tenido rival en lengua castellana y en la América Hispana. Su nombre de pluma *Hugo Wast* es tan popular como el que más en los llanos de Casanave como en el Altiplano peruano, entre las gentes del Caribe como entre las de la Patagonia. No hay persona de alguna cultura que no haya leído FLOR DE DURAZNO, aparecido

* A la muerte de Hugo Wast, el padre Guillermo Furlong S.J. escribió en la revista ESTUDIOS de marzo de 1962 el artículo aquí transcrito.

en 1911, y que en 1960 lleva ya 33 ediciones con un total de 199.000 ejemplares, o LA CASA DE LOS CUERVOS, que entre 1916 y 1960 ha tenido 29 ediciones con 76.000 ejemplares, o LOS OJOS VENDADOS, editada en 1921, que ha sido reimpreso 12 veces, y ha tenido una tirada total de 120.000 ejemplares, o FUENTE SELLADA, que vio la luz en 1914, de 18 ediciones y 117.000 ejemplares, o DESIERTO DE PIEDRA, nacida en 1925, de 25 ediciones con 134.000 ejemplares; o alguna otra de sus tantas novelas igualmente populares, ya que todas ellas han tenido diez o más ediciones con tiradas que se acercan o pasan de los cien mil ejemplares. De Hugo Wast no se puede decir que es un *best-seller*, sino que es el *best-seller*, y es probable que él solo haya superado en la venta de sus novelas a todos los demás novelistas hispanoamericanos tomados en conjunto. Lo cierto es que los dos millones y medio de ejemplares de sus tantas novelas han contado con muchos millones de lectores.

El Maestro de América contó con un auditorio inmenso y es fácil poner de manifiesto dos hechos: cada una de sus novelas, sin moralizar, moralizó; y cada uno de los lectores, después de leídas, se sintió espiritualmente, y aun humanamente, mejor. Para ciertas gentes, Hugo Wast es vulgar, por la simple razón de que no perdió su tiempo inventando una filosofía pequeña, teniendo como tenía, desde que salió del Colegio de la Inmaculada en la ciudad de Santa Fe, una filosofía grande. Y como ha expresado muy bien Chesterton, nueve de cada diez hombres verdaderamente grandes han compartido una misma filosofía con los hombres del montón.

Ése fue uno de los grandes secretos de Hugo Wast. Habló en cristiano.

Otro de sus grandes secretos fue el hablar en castellano llano y sencillo, sin afectación alguna. Es arroyuelo de agua cristalina sin mezcla. Agua pura y limpia.

Habló en cristiano y en castellano, y jamás manchó página alguna con torpezas y lujurias, que tantos consideran imprescindibles en una novela, y jamás atropelló la moral y la doctrina católicas, ni hay en tantas páginas una burla de lo religioso. Antes por el contrario, las cosas de Dios y las prácticas piadosas son respetadas y estimadas.

Ésa es quizás una de las principales razones de la conspiración del silencio que se ha procurado hacer en torno a Martínez Zuviría, llegando a clasificarlo entre los novelistas de segunda o tercera categoría. Por otra parte, no se puede juzgar a un autor sacándolo de su época. Pero hay una tercera razón: Martínez Zuviría, enamorado de la verdad en primer término, y de la belleza, en segundo lugar, escribió contra todos aquellos que, de un modo u otro, envenenan la mente de la gente sencilla. Las líneas opacas, cuando no insidiosas, que en el día de su deceso le dedicaron algunos matutinos de Buenos Aires, testimonian una lamentable confabulación de silencio.

Un hombre de carácter, eso fue Martínez Zuviría desde los días de su juventud, cuando allá en 1903 combatió al doctor Raúl Villarreal y publicó su primer

libro LA CREACIÓN ANTE LA PSEUDO-CIENCIA, hasta el día de su deceso, sin declinar a la diestra o a la siniestra. El *antes quebrarse que doblarse* era su táctica, como hombre y como cristiano, y aunque caballero en la extensión más vigorosa de este vocablo, si era benigno con el pecador, era intolerante con el pecado. El jugarse todo era una expresión que le cuadraba y según la cual pensó, amó, vivió y actuó.

Sabía que la tesis que presentaba para el doctorado en leyes sería rechazada por no avenirse con los postulados liberales de la época, pero no cejó en su demanda, y si bien fue en efecto rechazada, sabía él que, a la corta o a la larga, triunfa la verdad, y ésta le coronó de gloria.

Como director de la Biblioteca Nacional comprobó el mito tocante al supuesto fundador de la misma, y aunque sabía que el entonces ministro de Instrucción Pública habría de rasgar sus vestiduras ante aserto tan irreverente, no titubeó en decir la verdad, pero toleró, por proceder de autoridad superior, el que en su misma presencia, y en un pintoresco acto de desagravio, se volviese a sostener el tan infundado mito.

Diputado nacional, no trepida en reconocer que los de su mismo partido han hecho votar aun a los muertos, y habla un lenguaje al que no estaban acostumbrados ni los llamados padres de la patria, ni los asiduos a la barra. Lo cáustico, y hasta hilarante, de sus respuestas detiene a quienes pretenden corregirle o enmendarle, y Octavio Bunge comprobó que el ser agudo y travieso no se oponía al hecho de ser caballero, y caballero católico.

Como ministro de Instrucción Pública, le cabe a Martínez Zuviría la gloria de haber declarado como pensador, y como jurista que la ley 1420 era antiargentina, antidemocrática, antipedagógica, hasta inhumana, y, por otra parte, aptísima para engendrar una dictadura, ya que ella lo era en sí misma, y como ministro de Estado, publicó el salvador decreto-ley 18.411 del 31 de diciembre de 1944, que lleva su firma, y la del entonces presidente de la Nación, Pedro Pablo Ramírez. La ley sancionada en marzo de 1947, conviene no olvidarlo, sólo ratificó aquel decreto-ley.

Gran acierto fue el del general Ramírez y el de su ministro Martínez Zuviría, ya que “*el Estado en su función específica de dirigir a los gobernados —escribe el doctor Gómez Forgues— no puede prescindir del hecho religioso*”.

Ni el doctor Martínez Zuviría ni católico alguno ha pretendido ni pretenderá imponer la enseñanza religiosa a los no cristianos, sino, a lo más, exponerla a éstos; obrar de otra suerte estaría en abierta pugna con el espíritu y con la doctrina de la Iglesia.

La dictadura posterior abolió la enseñanza religiosa en las escuelas, pero su existencia había demostrado en la forma más palmaria que el 90 por ciento de la población quería dicha enseñanza. Aun en las provincias menos religiosas,

como Chubut, Misiones y Santa Cruz, más del 80 por ciento estaba a favor de la misma.

Como lo preveía el doctor Martínez Zuviría, ese 10 por ciento de ateos, liberales, comunistas, etcétera, levantaría el grito al cielo, y habrían de cubrirle con el manto de retrógrado, hasta apodarle el Torquemada argentino, pero sabía que había cumplido con su deber, y eso le bastaba.

“La verdad os librará”, y él la buscó, la siguió, la secundó, y ella le hizo libre, en la libertad de los hijos de Dios, única verdadera libertad.

Aun en las postrimerías de su larga, laboriosa y fecunda vida, tuvo el doctor Martínez Zuviría, otra oportunidad de decir la verdad, y la dijo con valentía, y sobre base documental irrefutable. Por eso escribimos, cuando apareció la primera edición de Año X, que era ella una de las pocas páginas que se habían escrito de la verdadera historia argentina, y que si su autor no hubiera hecho en toda su vida otra cosa que escribir y publicar esa documentadísima monografía, podría estar satisfecho de que su existencia, lejos de ser vana, habría sido fecundísima.

Hombre de una sola pieza, y católico sin restricciones y sin reservas, Martínez Zuviría, si fue dúctil y tolerante en las cosas superficiales, fue acerado y rectilíneo en las substanciales. No era una caña agitada por cualquier viento. Las cosas y los hombres no le gobernaban.

Por eso ni los contratiempos le aplanaban, ni los aplausos lo engrían. Jamás leía los elogios que se hacían de sus egregias dotes literarias, ni de sus popularísimas novelas, tanta de ellas traducidas al inglés, francés, alemán, italiano, portugués, holandés, ruso, polaco, checo, esloveno, y aun a los idiomas más exóticos del Asia.

Su sencillez con todos y su abajamiento a las gentes más modestas hacían creer que Hugo Wast nada tenía que ver con Gustavo Martínez Zuviría. No *“buscó la gloria y por eso mismo ella le siguió doquier, como jamás ha seguido a argentino alguno”*.

Cuando la patria argentina, que desde 1884 ha perdido su ruta, vuelva, aunque sea después de las terribles crisis que ha sufrido en estos últimos decenios y después de los días de amargura y aun de trastorno que le aguardan, a encontrar y seguir su camino tradicional, y que como Dionisio a Clodoveo le diga la verdad: *“quema lo que hasta ahora has adorado, y adora lo que hasta ahora habías quemado”*, surgirá la gran nación apoyada sobre la verdad y la justicia y no titubeará en proclamar a Gustavo Martínez Zuviría el Maestro de América.

DECLARACIÓN.

Ya nos damos cuenta de que este nuevo libro puede resultarnos, como varios de los anteriores, una nueva aventura.

Confiamos en salir de ella sin ofensa para nadie y con la bendición de Dios, que no nos ha faltado nunca.

Efectivamente, nuestro papel no tiene “buena prensa”, tal vez desde los tiempos en que se concedió a *Desierto de piedra* (1926) el Primer Premio Nacional de Literatura argentino, lastimando con ello a los de la cáscara amarga, que esperaban ver premiado a cualquier otro de pura estirpe liberal.

Nuestra culpa vino a agravarse en 1943 cuando, siendo ministro de justicia e Instrucción Pública, dispusimos que se enseñara la religión católica en las escuelas y colegios nacionales, acabando con aquella degollación de inocentes, que era la enseñanza atea, que llaman *laica*.

La enseñanza religiosa había existido hasta 1880, pero se abolió después de largo y tormentoso debate, en que los representantes católicos en el Parlamento fueron derrotados. Su restablecimiento en 1943 fue para el ministro que lo proyectó y realizó una especie de suicidio intelectual.

No duró mucho aquella victoria católica, que las estadísticas escolares demostraron ser la victoria de la inmensa mayoría del pueblo argentino, pues como la enseñanza de la religión fuese optativa, cada año se invitaba a los padres de familia a expresar si querían que en el colegio de sus hijos se les impartiera o no dicha asignatura. Y cada año se renovaba el asombroso plebiscito con un 95 por ciento de votos favorables.

No duró, decimos, esta victoria nuestra, porque a los doce años, en 1954, el célebre Perón, obedeciendo vaya uno a saber qué misteriosas órdenes de qué secreta autoridad, los colmó de regocijo a los que apenas formaban el 5 por ciento, y arrasó con la enseñanza religiosa, y de nuevo, gracias a él, bueno es recordarlo, volvieron los niños argentinos a ser espiritualmente degollados por la enseñanza atea en escuelas y colegios nacionales. Para honra y prez de ellas, algunas provincias persisten en hacer enseñar la religión en sus propios establecimientos.

Pero aunque no fue duradera aquella victoria, se comprende que los del 5 por ciento no nos la perdonaron, tanto más cuanto que no tardamos en mostrar-

nos incorregibles, al publicar en 1960, como un libre homenaje al sesquicentenario de la Revolución de Mayo, una historia nueva del año más fecundo de la patria argentina.

Al aparecer nuestro AÑO X sintiéronse heridos algunos sedicentes historiadores, herederos mentales de los que desde hace 150 años nos guisan con los elementos de nuestra historia esa pitanza con que oficialmente se nutren las escuelas, los colegios y hasta ciertas corporaciones.

Solamente ellos y aquellos a quienes ellos les pegan su estampilla pueden elaborar libros de historia.

Como el autor de AÑO X publicó la obra sin pedirles su *imprimatur*, originó la más vocinglera conjuración, y fue agredido, sin nombrarlo, para no hacerle una propaganda que a toda costa se quería evitar.

No fueron réplicas eruditas ni demoledoras, sino manifiestos vacuos, gritos incoherentes, que no alcanzaron la categoría de rugidos ni bramidos. Más bien maullidos. Puro viento que en el seno de alguna docta cofradía generó un minúsculo tifón, digno del Mar Caribe, no por su estrago, que no se produjo, sino por la malignidad de su naturaleza.

Por algo nos han catalogado entre las naciones subdesarrolladas. Una cosa es proclamar la libertad de prensa y de opinión y otra cosa es respetarla, cuando esa opinión choca con fanatismos o intereses.

El resultado fue que la algarabía con que se honró al libro despertó la curiosidad de millares de lectores, quienes pudieron comprobar la utilidad de que de cuando en cuando algún argentino auténtico y libre de prejuicios se metiera en bibliotecas y archivos y llegara hasta las fuentes vivas de la historia patria, y, sin recabar el auxilio de lazarillos cegatones, trabajara concienzudamente delante de los papeles originales y luego, en buen castellano, con absoluta honradez y la indispensable valentía moral —porque ello puede ser otro suicidio intelectual—, nos refiriese las verdades *verdaderas* que descubriese y que hasta ahora, en 150 años, ninguno de los historiadores estampillados ha querido ver o se ha animado a propalar.

Pretendieron arcabucearnos por tamaño delito. No han podido.

Así suelen terminar estas guerrillas literarias. Se decreta la muerte civil de un autor. Se le persigue, y cuando lo creen a tiro se le apunta, se aprieta el gatillo y el tiro sale por la culata.

Con tales antecedentes aparece este hermano de AÑO X, para tratar un tema de enorme trascendencia, pero profundamente antipático al espíritu materialista y liberal.

Su autor no piensa pactar con ese espíritu, porque sería pactar con el mundo, que es enemigo de Dios, aunque no lo diga, y aunque para ser más eficaz en su política proclame a veces lo contrario.

“¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad contra Dios?”, dice

el Apóstol Santiago. “*Quien quiere, pues, ser amigo del mundo, se constituye en enemigo de Dios.*”¹

Jesucristo, pendiente en la cruz, rogó al Eterno Padre por sus crudelísimos verdugos. Poco antes, en el discurso de la despedida, había manifestado expresamente que no rogaba por el mundo².

¡Qué había de rogar, si hubiera sido como rezar por el diablo, que es el rey del mundo³, o por el Anticristo, que, siendo su propia copia más perfecta, pretenderá no ser enemigo de Cristo, sino un buen amigo suyo, y a su tiempo, según lo vaticinan algunos Santos Padres, llegará a hacer adorar su imagen en todas las iglesias del verdadero Dios!

Por eso, nuestro ambiente católico, los actuales precursores del Anticristo no quieren desafilar sus armas, mostrándose inmorales o sectarios.

“*Las armas del Anticristo*”, dice Straubinger, el sabio traductor y comentar de la Biblia, “*son falsas ideologías y doctrinas que Satanás, el príncipe de este mundo, va introduciendo desde ahora, bajo la etiqueta de cultura, progreso y aun virtudes que matan la fe, gracias a los medios que la técnica moderna le da para monopolizar la opinión pública.*”⁴

El autor de este libro ha tenido siempre la vocación de la impopularidad. No quiere tener que tomarse el trabajo de juntar sus propios huesos el día de la resurrección de la carne, pues, según la Vulgata, “*Dios dispersa los huesos de los que agradan a los hombres*”.⁵

Puesto que para agradar a los que están imbuidos en el espíritu del mundo es necesario paliar las verdades fuertes y disimular la buena doctrina, afrontamos gustosos las consecuencias de no allanarnos a ello.

Si con él lográsemos evitar que se disipara la vida de un niño —¡no más que uno!—, antes de que fuese engendrado, o que lo asesinara una comadrona venal o un “especialista” sin conciencia antes de que naciera, nos consideraríamos ricamente pagados, sin que nos importase nada el odio sobreviviente al haber expuesto con palabras claras las leyes de Dios y las enseñanzas de la Iglesia en materia pocas veces novelada.

Muchos años hacía que nos tentaba el difícil asunto, y que nos lo aconsejaban moralistas sabios y prudentes.

¹ *Sant.*, 4, 4, Straubinger.

² *Juan*, 17, 9.

³ *Juan*, 14, 30.

⁴ Straubinger, nota al capítulo 2, versículos 4 y 6 de *II Tesal.*, en su traducción del Nuevo Testamento.

⁵ *Ps.*, 52, 6, traducción de Torres Amat.

Pero íbamos postergándolo, porque no hallábamos la manera artística, digamos con más precisión *novelística*, en que pudiéramos abordarlo.

Hasta que, no hace mucho, encontramos en una revista católica argentina un breve extracto de una obra de Schwab, que estaba difundándose y discutiéndose en Europa.

No había otros pormenores, pero esas dos páginas nos inspiraron la forma en que podríamos novelar el tremendo tema.

Y aquí está la obra, que arrojamos al inmenso mar del público, como un mensaje de amor y de confianza en la Divina Providencia.

HUGO WAST

Buenos Aires, marzo de 1962.

AUTOBIOGRAFÍA DEL HIJITO QUE NO NACIÓ

I

LO QUE MI ÁNGEL ME CUENTA.

Desde hace un instante soy un ser humano. Mi cuerpo es tan pequeño todavía que no puede ser visto por los ojos de nadie, pero mi alma ya es tan grande como lo será siempre. Dios la ha creado para mí, en el mismo momento en que yo he comenzado a existir. Dios me ama como si yo fuera una persona perfecta. Dios sigue creando un sinnúmero de almas cada día, para todos los seres, hijos de los hombres, que son llamados a la vida. Mi ángel me dice que nacerán tantos como se necesitan para repoblar el cielo, que el diablo ha despoblado de la tercera parte de sus habitantes.

Estas cosas profundas para persona tan pequeñita como yo son las primeras que me ha enseñado mi ángel guardián. Debo explicar que tengo un ángel guardián elegido entre los innumerables ángeles que quedaron fieles al servicio de Dios.

¡Mejor aún! Me enseña que Dios me ha amado desde toda la eternidad, como si no hubiera de existir otro ser sino yo. Y que por mí ha realizado infinitas maravillas. Así las ha realizado para todos los seres humanos y su Hijo ha muerto por cada uno de ellos, como si fuera el único en el mundo, para salvarlo de la guerra que hace a los hombres el diablo.

Yo apenas entiendo todo esto, pero él me lo repite y trato de retenerlo.

Sin embargo, confieso que me cansa. Querría dormir.

Mi ángel me habla sin ruido y sin palabras. Es como un fluido que me penetra. Lo comprendo perfectamente. Mis oídos todavía no están formados.

Me dice que yo soy un hombrecito. O una mujercita. Lo ignora o no me lo quiere decir. Comprendo que sabe muchas cosas, pero que no conviene que me lo cuente todo. Me guarda infinidad de secretos para cuando yo sea mayor.

Dice que si me habla demasiado, mi pequeño cuerpo se va a cansar.

Y es verdad, vuelvo a sentirme con ganas de dormir un rato largo.

Será mi primera noche en el seno de mi mamá, que todavía ignora que yo existo.

Mi ángel me dice que es mejor que ella siga ignorándolo.

¿Por qué no es bueno que una madre sepa que su hijito o su hijita existe ya?

Estoy cansado. Será el primer sueño de mi vida en el suave y tibio seno de mi madre. ¡Qué oscuridad, Dios mío! ¿Es porque todavía mis ojos no se han formado?

II

MI CUERPO VA CRECIENDO. MIS OÍDOS RECOGEN ALGUNOS RUMORES DE AFUERA.

¿QUIÉN ES MI ÁNGEL? ¿CÓMO SE LLAMA?

Cada nuevo día mi ángel se despierta con una oración. Todavía yo no puedo aprenderla porque no tengo memoria. Sin embargo me parece que mi cuerpo ya no es tan pequeñito y que llego a percibir algunos rumores que vienen de muy lejos.

Todo lo que está fuera de este rinconcito tibio y suave donde voy criándome es lejos para mí.

Dice el ángel que algún día todo eso me parecerá muy cerca y que entonces él mismo, que ahora me cuida y me enseña, tendrá que alejarse de mí.

Esto me ha llenado de preocupaciones, lo cual significa que mi cerebro ya comienza a formarse.

No me animo a preguntarle a mi ángel cómo podrá algún día estar lejos de mí, si Dios le ha mandado que sea mi custodio y compañero siempre, algún día yo deje de estar donde ahora estoy, porque me habré desarrollado completamente.

No sé cómo expresar estas cosas raras que se me ocurren y que harían reír a los hombres, si pudieran escucharlas; pero ni ellos, ni siquiera mi ángel, las escuchan, como que yo mismo apenas me entiendo. La lengua en que hablo debe de ser la lengua de los ángeles que se aprende en un momento. Hablando siento que soy una persona. Es decir, alguien que tiene un alma distinta de las otras almas, un alma que ahora conversa con el ángel y que después conversará con los hombres, conversará con mi mamá, conversará con mi papá y con mis hermanitos.

Me ha contado, y esto me ha hecho muy feliz, que yo tengo dos hermanitos, que hace mucho tiempo vivieron como yo, formándose como me formo yo, poquito a poco, y ahora son dos preciosas criaturas: él tiene seis años y ella cinco. Me ha dicho también que podría tener muchos hermanitos más, pero que todos murieron antes de nacer. Dice mi ángel que mi papá odia a sus hijitos pequeños.

No he comprendido lo que esto significa, pero he prestado atención a los rumores de afuera y he percibido una voz que me parece la de mi hermanita. Es lo más prodigioso que haya sentido en mi vida.

Le he contado esto a mi ángel y él me ha dicho que debo de haberlo soñado, pues mis oídos todavía no son aptos para escuchar las cosas del mundo. ¿La oiré, tal vez, a ella como podría oír a los ángeles?

Otro sueño he tenido y no he querido contárselo a él, porque me parece que lo ofendería. Está bien que yo no sepa mi propio nombre porque no me llamaré de ningún modo hasta que sea un hombrecito o una mujercita y me bauticen, como él me ha explicado. Pero él tiene seguramente un nombre, distinto del de los otros ángeles. ¿Por qué no me lo ha dicho? Yo sólo sé que el ángel custodio de mi mamá se llama Absalón, pero el nombre de él me lo ha ocultado. Me enseña mucho.

Me ha dicho que aunque yo sea algo pequeñísimo y él sea un ángel poderosísimo que todos los días ve cara a cara a Dios y a la Santísima Virgen, él no puede penetrar en mi alma, a donde sólo Dios penetra. Cada alma humana es como una fortaleza cerrada no sólo para los ángeles, sino también para los demonios, que no pueden entrar en ella si el dueño de esa alma no le abre una puerta, o un postigo, un resquicio a lo menos, para poder empezar a seducirla con malos pensamientos.

Cosas muy difíciles de entender, pero que no olvido cuando mi ángel me las ha dicho tres veces.

¿Pero por qué digo *mi ángel*, si no conozco su nombre y estoy comenzando a pensar que este ángel no es el mío y que yo estoy como abandonado en el mundo?

Me muero de sueño y voy a dormirme sin saludarlo. No creo que me pertenezca. ¿Debo confiar mis secretos a quien puede contarlos a otra persona, aunque esa persona sea mi madre?

III

DUDO QUE MI ÁNGEL SEA MÍO. YA PUEDO MOVERME UN POQUITO.

No he olvidado ninguna de las innumerables lecciones que viene dándome mi ángel, mejor dicho, *este* ángel.

Él afirma que soy muy inteligente, un poquito orgulloso y reservado, pues no le cuento todas las cosas que pienso.

Es verdad. ¿Cómo voy a contarle que cada vez me afirmo en la sospecha de que no es mi ángel guardián, sino un intruso, y que debo andar con mucho cuidado para comunicarme con él?

Lo escucho y aprendo. La mejor lección que me ha dado es la de que Dios me ama desde antes de que yo existiera con un amor inmenso y que la Santísima Virgen es Madre de Dios y también madre mía, otra madre que me quiere más que la que ahora me lleva en su seno.

Y la peor lección, que me ha hecho estremecer de miedo, es que mi papá odia a sus hijitos no nacidos y preferiría que se muriesen o que no nacieran nunca.

—¿Entonces me odia a mí? —he preguntado.

—Tu papá ignora que tú existes. ¡Eres tan pequeño todavía! ¡Ay de ti si lo supiera! —me contestó el ángel.

—Y cuando sea más grande y sepa que existo, ¿me odiará?

—No sé; los ángeles no somos profetas. Mucho me temo que cuando sepa que existes, ocurran cosas tremendas.

—¿Tiene también mi papá un ángel custodio?

—Sí, como todos los seres humanos, como la Santísima Virgen, que tuvo un gran arcángel.

—¿Cómo se llamaba ese gran arcángel?

—Gabriel, y fue él quien le anunció que ella sería la mamá del Hijo de Dios, que llamamos Jesús y que es tu hermano y también hermano de todos los seres humanos que han nacido y los que han de nacer, como tú.

Al saber que yo soy nada menos que hermano de Jesús y que la Santísima Virgen es también mi Madre, me siento orgulloso y me atrevo a interrogarlo sobre lo que tanta curiosidad me despierta:

—El ángel de mi otra mamá, la mamá de la tierra, se llama Absalón. ¿Y cómo se llama el ángel mío?

Entonces él me responde:

—No quiero decírtelo, pero te empeñas en saberlo todo. Yo soy Absalón, el ángel custodio de tu mamá.

—¿Y el ángel custodio mío cómo se llama?, ¿dónde está?

—Tú no tienes todavía un ángel para ti solo. El de tu mamá, que soy yo, la cuida a ella y te cuida a ti. Después, cuando aparezcas a la luz del mundo, Dios mandará un ángel que será tuyo mientras vivas y te llevará al cielo cuando mueras.

—¡El día que yo aparezca a la luz del mundo! —exclamo con desilusión—. ¿Y cuándo va a ser eso?

—¡Eres demasiado preguntón! —me responde el ángel de mi madre. Estoy seguro que si fuera mi propio ángel no encontraría mal que yo le preguntara tantas cosas, porque enseñarme es su oficio y no debe cansarse ni negarse a responderme.

Me quedo humillado y triste y me duermo cansadísimo.

IV

ME HE ENAMORADO DE UNA VOZ Y HORRORIZADO DE OTRA.
EL HORRENDO TUBAL ASTARÓ.
LO QUE ME RESPONDE EL ÁNGEL ME LLENA DE MIEDO.

No alcanzo a comprender lo que es el día y lo que es la noche. Mis pequeñísimos ojos sólo ven oscuridad, una oscuridad horrorosa, porque según me ha dicho Absalón está formada por la sombra de muchos pecados. No me atrevo a pensar que sean pecados de mi madre. La quiero ya como si le hubiese visto la cara y sé que ella también me quiere locamente, valientemente.

Estas dos palabras las ha empleado el ángel y ha intentado explicármelas, pero yo no he comprendido. ¿Cómo puede llamarse *valiente* al amor de una madre por su hijito no nacido todavía? ¿Quiere decir que para quererme tiene que pelear con otras personas?

Espero ser mayor a fin de penetrar estos misterios.

Lo que sí sé es que estoy enamorado de una voz. El ángel —antes yo lo llamaba *mi ángel*— no cree posible que yo haya podido oír nada, ni siquiera la voz de las personas que hablan con mi mamá, porque mis oídos son todavía más pequeñitos que mis ojos y no pueden servirme.

Le he preguntado si no se oye también con el corazón, quiero decir que cuando un ser humano es muy cariñoso, y muy pequeño, antes de nacer, oye y siente con su corazoncito que le golpea muchas veces y le comunica cosas de fuera que le llegan en la corriente de la sangre de su mamá que lo alimenta.

El ángel se ríe de lo que yo le pregunto. Esta vez se ha reído más que nunca cuando le he dicho que al despertarme escuché una voz preciosa, de alguien que hablaba con mi madre. Yo conozco la voz de ella, y me gusta mucho oírla aunque me apena, porque es triste.

Pero esta voz, muy parecida a la de ella, como sería la de una hija, pero en nada triste, sino muy alegre y transparente, como de un alma iluminada por luces que yo no veo, ha iluminado mi oscuridad y me ha hecho muy feliz.

Adivino que es la voz de mi hermanita y me he enamorado de ella.

De pronto se calló, porque resonó otra voz, fuerte y ronca y odiosa, que hizo temblar a mi madre. Yo sentía su temblor en la corriente de su sangre que me llegaba y no oí ninguna respuesta suya.

—Ésa no era la voz de tu padre —me ha explicado el ángel.

Le pregunto con ansiedad:

—¿De quién era, pues?

En ángel vaciló un momento, como si temiera enseñarme tan temprano estas cosas, que algún día tendré que saber. Luego murmuró con tristeza:

—Ésa es la voz del médico de tu padre, el doctor Tubal Astaró. ¿Te acordarás de este nombre?

—Si yo no olvido nada de lo que me enseñas, aunque tú dices que mi cerebro todavía no es mayor que la cabeza de un alfiler. Yo ignoro lo que es un alfiler. Supongo que es una cosa insignificante. Pero tú alguna vez has usado esa expresión.

—El doctor Astaró —prosiguió el ángel— hace temblar a tu mamá con sólo darle los buenos días, porque ella sabe que nunca va a una casa sino por algo muy malo. Los asesinos...

—¿Qué son los asesinos?

—Los hombres que quitan la vida a otros. Los asesinos matan a uno o a dos, y la justicia de los hombres los persigue, los encarcela y a veces los mata. Y Dios aprueba la justicia de esos jueces, porque el asesino, culpable de haber quitado la vida a un semejante, merece el peor castigo.

—¿Aunque no haya asesinado más que a una persona?

—¡Así es!

—¿Y el doctor Astaró ha quitado la vida a otros?

—Ha quitado la vida a miles de niñitos como tú. La sangre de esos inocentes está humeando en los altares del Señor y pidiendo venganza.

—Y la justicia que persigue y ajusticia a un asesino cuando ha muerto a una sola persona, ¿no le hace nada al doctor Astaró?

—¡No, no le hace nada!

La voz del ángel me penetra como un cuchillo y me hace sufrir.

Absalón lo advierte y permanece callado un buen rato.

Yo no le pregunto más, porque siento que si me vuelve a hablar en ese tono me hará morir. ¿Pero qué es morir? La verdad es que no lo sé.

—Duérmete criatura —me susurra Absalón—. Estás muy cansado. No es tiempo todavía de aprender estos horrores.

—Sí, estoy cansado —contesto, sintiendo que mi madre tiembla más que yo y que Astaró habla en voz baja con mi padre.

Así me duermo, sin pretender escudriñar lo que hace temblar a mi mamá, cuya alma es sombría, ni tampoco saber por qué el horrible doctor no es perseguido por la justicia.

PIDO AL ÁNGEL QUE ME ENSEÑE EL IDIOMA DE MIS PADRES. ABSALÓN ME DICE QUE LOS CRÍMENES QUE AHORA SE COMETEN SON PEORES QUE LA MATANZA DE INOCENTES QUE ORDENÓ HERODES.

He dormido tres o cuatro días seguidos, según me dice el ángel.

Yo no sé qué es el día ni qué es la noche. Para mí la oscuridad es siempre igual. Si bien a veces siento que la oscuridad del corazón de mi mamá se vuelve más tenebrosa.

La explicación es que los corazones de los seres humanos son oscuros cuando tienen muchos y grandes pecados, cuando no aman a Dios y lo ofenden con sus pensamientos.

Según esto, en el corazón de mi pobrecita madre debe de haber una inmensa nube de pecados.

Pero hoy me desperté sintiendo la voz preciosa de mi hermana, que le dijo algo incomprensible para mí, que todavía sólo entiendo el lenguaje sin palabras de los ángeles.

Lo cierto es que la oscuridad del corazón de mi madre se llenó de resplandores.

Llamé con mi pequeñita voz a Absalón y le rogué que me enseñara el idioma de mi madre y que me explicara porqué su corazón se llenó de luz. Él, que ya había oído la conversación, me dijo que mi hermanita había ido a recordarle que dentro de unos días ella haría su primera comunión y que esperaba que mi mamá comulgara junto con ella, habiéndose confesado.

Para que yo pudiera comprender el ángel me enseñó qué era una comunión y cómo no podía hacerse sin confesarse antes.

—Tu mamá le ha prometido hacerlo así y por ese solo propósito su corazón ha resplandecido con una luz que todavía sería más brillante, cuando cumpla su promesa.

—¿Acaso sucede que mamá no cumple y no se confiesa, ni comulga? —pregunto con ansiedad.

—Sí, y muchas veces ha sucedido que tu mamá no se ha confesado y por eso no ha podido comulgar. A tu padre lo enfurecen las obras piadosas.

—¿Por qué?

—Porque tu madre se fortalece cuando tiene el corazón limpio y no ejecuta las órdenes de él.

—¿Esas órdenes son malas?

—Sí, son pésimas. Algunas de esas órdenes son las lecciones que le ha dictado el doctor Astaró: crímenes nefandos.

—No comprendo.

—No puedes comprender. Bástete saber que del cumplimiento de esas órdenes depende tu vida.

Puesto que él no me lo quiere explicar, se me ocurre que si yo aprendo la lengua de las gentes comprenderé lo que ese horrible doctor habla con mi mamá y mi papá cuando está con ellos.

Se lo pido al ángel y él me dice:

—Eres el niño de mejor oído que conozco. Ahora que no tienes todavía ninguna edad, porque no has nacido, oyes como si fueras grande, mejor que si fueras grande, porque oyes los pensamientos sin palabras que nacen en el corazón de tu mamá.

—Los oigo, pero no los entiendo. Enséñame las palabras.

Aquel día, y vuelvo a decir que no sé realmente si era día o había entrado ya la noche. Absalón me comenzó a enseñar las palabras de los seres humanos y me dijo algo que me colmó la sorpresa.

—Cuando sepas hablar algo, habla a tu madre, en voz muy bajita, para que nadie pueda oírte, y pídele que te defienda, aunque a ella le cueste la vida defenderte.

—¿Y puedo hablar sin haber nacido?

—Un hijito que ama a su madre puede hacerse comprender de ella, que también lo ama, cuando ella tiene el corazón lleno de luz. Pero si lo tiene oscuro porque está en pecado, o no te comprenderá o no arriesgará su vida por salvarte.

—Pero, ¿por qué tiene que arriesgarla para salvarme? ¿No podemos vivir los dos? ¿Ella y yo no podemos vivir juntos?

—Sí, podéis vivir los dos, pero a tu padre el doctor Astaró lo convencerá de que no, que tú tienes que morir para que ella viva. ¡Pídele a tu madre que te salve! ¡Que no te deje matar!

—¿Hay alguien que quiere matarme?

Absalón vacila antes de contestarme. Después de un largo silencio me dice:

—En el mundo hay millones y millones de niños tan pequeños que los ojos de los hombres sólo pueden verlos con unos cristales poderosos. Se sabe que ya existen y hay muchísimos hombres perversos que están urdiendo procedimientos para matarlos.

—¿Por qué?

—Porque cuando nazcan costará dinero alimentarlos y criarlos. Hay hombres malos y mujeres perversas que estudian estas cosas y enseñan que la tierra está demasiado poblada y no conviene que nazcan más niños, porque habría pobreza y faltarían alimentos para los grandes. Por eso dicen que hay que matar a los pequeños antes que nazcan.

—¿Eso es un crimen, verdad? —pregunto aterrado.

—Es el peor de los crímenes que puedan cometerse, peor que la matanza de los inocentes hecha por el rey Herodes...

—¿Quién es Herodes?

—Otro día te lo contaré. Hoy has vuelto a cansarte. Siento la corriente de la sangre de tus venitas muy agitada. Duérmete y descansa.

—¡Una sola cosa todavía! —exclamo con vehemencia. Absalón, que se aprestaba a alejarse, me escucha.

—¿Por qué dices que matar a los niños como yo es peor que la matanza que ordenó el rey Herodes?

—Porque esa matanza de inocentes Herodes no la hizo por su mano. Si no hubiera encontrado sayones que lo obedecieran no se habría animado a hacerla. Y también porque aquellos inocentes no eran hijos suyos. Ninguno de ellos se perdió. Dios les concedió el bautismo de sangre.

—¿Y los niños que me has dicho que van a ser asesinados ahora lo serán por otros sayones?

—¡No! Lo serán por sus propios padres, ayudados por hombres tenebrosos como el doctor Astaró. Y esos niños nunca verán a Dios porque morirán sin ser bautizados.

VI

¡CUÁNTO HE DORMIDO! SÉ QUE TENGO DOS HERMANITOS.

He dormido largamente no sé cuántas noches, pero el ángel no ha cesado de hablarme en sueños. Sostiene que los ángeles hablan a los hombres más fácilmente en sueños.

Me parece que estoy un poquito más grande que ayer, pero él dice que ningún ojo humano podría verme todavía, tan chiquito sigo siendo.

Me ha revelado tantas cosas. Continúa enseñándome a amar a Dios y a la Santísima Virgen, que es mi madre en el cielo. Dice que ésta es la mejor lección que puede darme. Quedo muy contento y pienso con todas mis fuerzas en ello. Además me ha enseñado a amar a mi madre en la tierra y a mis dos hermanitos, que en comparación mía son inmensamente grandes.

Me parece que yo me había adelantado a esta otra lección, porque ya amaba a mi madre de un modo extremado y triste. No sé por qué me entristece este amor, mientras el amor a la Virgen, mi otra madre, me alegra.

Hoy, cuando me he despertado, se me ha ocurrido preguntar cómo me llamo yo. He tenido que darme mucho valor para hacer tal pregunta, empleando palabras que nadie me ha enseñado y que me vienen como los pensamientos. Pero solamente el oído de un ángel puede entenderlas. Me pareció que mi ángel se sonreía. ¡Qué oscuridad tan grande hay aquí en el corazón de mi madre!

Yo me animé a preguntárselo porque él, cuando todavía yo estaba dormido, me dijo que mi hermanito, de cuatro años, se llama José y que mi hermanita menor, María.

Si todos los seres humanos y los ángeles tienen nombre, yo debo llamarme de algún modo. ¿Cómo me llamo yo?

El ángel me ha contestado que todavía mi nombre está escrito en el cielo pero no en la tierra, y que él no lo sabe y que yo no me llamaré de ninguna manera hasta que nazca y me bauticen y sea hermanito de Jesús, el Hijo de Dios.

No he podido entender todo o que me dice, pero me he atrevido a preguntar cuándo voy a nacer y cuándo me bautizarán para ser hermanito del Hijo de Dios, y me ha contestado que tenga paciencia pues falta mucho tiempo.

Me he vuelto a dormir. El seno de mi madre es sumamente oscuro y a veces me da miedo vivir allí.

VII

EL ALMA DE MI POBRE MADRE ESTÁ SOMBRÍA. ALGO LE HA CONTADO A ABSALÓN EL ARCÁNGEL GABRIEL.

Lo primero que le he preguntado a Absalón cuando he despertado en un nuevo día es por qué parece tan oscuro el seno de mi madre. Yo no he visto nunca luz, ni sé cómo será, pero la oscuridad en que ahora vivo me da miedo y pienso que viviría más a gusto en eso que mi ángel llama "*la luz de Dios*".

Esta vez el ángel me contesta que no hay nada en el universo más negro que el pecado y que en el corazón de mi madre hay pecados. Son cosas que no entiendo, pero que él no quiere explicarme mucho.

Soy tan pequeñito que no debería sentir dolores, porque dice el ángel que el dolor es una cosa de las personas grandes, no de los niños inocentes como yo, que no han nacido.

Sin embargo, como mi alma es perfecta yo he sentido una gran aflicción al saber que el corazón de mi madre está lleno de pecados. Porque yo la quiero ya con todas las fuerzas de mi pequeñísimo corazón, que todavía no se ha formado.

Mi ángel es un sabio. Me enseña muchas cosas que yo aprendo en seguida y no quiero olvidar. Mi ángel, que sabe todo lo que pasó antes de que Dios creara mi alma, y todo lo que está pasando alrededor de mí, sin embargo aún ignora lo que va a ser de mí en el futuro, porque el futuro es algo que sólo está en la mente de Dios y ni los arcángeles pueden penetrarlo.

Absalón ha conversado con el ángel de la guarda de mi papá. No me ha contado de qué hablaron. Solamente me dice como antes: "*¡Hay que rogar a Dios mucho, mucho, mucho!*"

Le he preguntado qué tal persona es mi papá, y me ha contestado que yo soy demasiado curioso y que no puede darme noticias de tantas cosas.

Para consolarme me anuncia que mañana me contará algo mejor, que ha sabido por el arcángel Gabriel. Es algo que se refiere a mi porvenir y que Gabriel sabe por habérselo confiado la Virgen. Ella sí lo sabe todo, lo pasado, lo presente y lo futuro, no como criatura humana, sino como Madre de Jesucristo, que es Dios, y que nada le oculta.

¡Me he quedado pensativo! Ya he dicho que mi alma es perfecta, a pesar de la insignificancia de mi cuerpo que ahora sólo puede ser visto con esos aparatos que usan los hombres para ver los microbios.

Yo soy un poquito más grande que un microbio. Y ya tengo a varios ángeles preocupados por cuenta mía. Absalón cree que el arcángel Gabriel se interesa por mí y que ha hablado de ello con la Santísima Virgen.

¡No cabe en mi pequeña cabeza una cosa parecida! ¿Cómo puede ser que un microbio como yo preocupe a los ángeles del cielo y a la misma Virgen?

Vuelvo a sentirme sumamente cansado. Quisiera dormir no una noche, sino muchas noches seguidas. ¡Dios mío! ¡Qué terrible oscuridad la del corazón de mi madre! ¡Ojalá mañana ella tuviera la luz que mi ángel dice que hay en la presencia de Dios! Veo que me estoy durmiendo, porque ya he comenzado a soñar.

VIII

**LOS ÁNGELES DE MI FAMILIA HABLAN DEL DOCTOR NEGRO.
LOS ASESINATOS DE NIÑITOS QUE ESTE HOMBRE COMETE LO HAN
HECHO RICO. PERO ÉL TAMBIÉN UN DÍA MORIRÁ.**

He pasado muchos días sin pensar en nada, sintiéndome agotado.

Hoy al despertarme el ángel me ha dicho en qué día estoy viviendo. Debo de haber crecido muchísimo, pues aunque todavía yo no me veo, siento que mi cuerpo se extiende sin dolor y que voy formándome. Todavía el ángel no me ha revelado si seré un hombrecito o una mujercita, pero creo que él ya lo sabe. El ángel sabe muchas cosas y no me descubre ni siquiera la mitad de las que sabe.

Hoy, sin embargo, me ha dicho una que me ha dejado lleno de las pequeñas cavilaciones que pueden caber en mi pequeñísimo cerebro. Él asegura que tengo ya un cerebro, aunque ningún sabio del mundo con ningún instrumento podría descubrirme. Un ángel, sí, porque sus ojos tienen un rayo de la luz de la cara de Dios y lo ven todo.

Me ha dicho, pues, mi ángel que se han reunido los ángeles de la guarda de mi padre y de mis dos hermanitos con él para hablar de mí, y que están muy tristes porque le han oído a mi padre una terrible conversación mantenida con un hombre negro, un doctor, según lo llaman.

No es que ese hombre sea propiamente negro, sino que tiene tantos millones de pecados sobre el alma que aparece horriblemente negro a los ojos de los ángeles.

Absalón afirma que ese doctor es uno de los mayores criminales que existen en el mundo, que él solo, y a veces ayudado por una mujer que se viste de blanco, ha cometido innumerables asesinatos de niños como yo y más grandes que yo, que aunque pequeñitos y todavía apenas formados poseían ya un alma perfecta, creada por Dios, para que fuera eternamente feliz en el cielo. Y que por obra de ese hombre negro, esos niñitos han muerto sin bautismo y perdido para siempre la gloria.

Dice mi ángel que los incontables asesinatos que él comete con sus herramientas de médico no son reprobados por los padres, malos casi todos, quienes le pagan mucho por cada niño que asesina.

Pero ese doctor, que, como dice mi ángel, *"hace vanos los planes de Dios"*, un día morirá. La vida de cada una de sus víctimas es como una cadena de hierro que se le ha enroscado al cuerpo. Nada le puede librar de esos millares

de cadenas que lo envuelven. Y cuando muera, su alma, ahogada por ese enorme peso, que ahora no siente, porque él nunca piensa que tiene alma, se hundirá en las llamas del más profundo infierno.

IX

LOS PLANES DE DIOS.

YO SERÉ UN HOMBRECITO, NO UNA MUJERCITA.

Medio muerto de miedo, yo lo he preguntado qué quiere decir que ese hombre “hace vanos los planes de Dios”.

Absalón me ha respondido que todavía no tengo edad de comprender lo que se llama el misterio de la gracia ni el del libre albedrío de los seres humanos, que Dios les ha dado para que libremente lo adoren y lo sirvan y que ellos emplean, muchas veces, para cargarse de pecados y no solamente irse ellos al infierno, sino impedir que millones y millones de niñitos alcancen por el bautismo la gloria para que Dios los ha creado.

Casi no comprendo nada de lo que se me acaba de enseñar, pero no pido más explicaciones, porque antes de dormirme quiero que Absalón me diga de qué han hablado entre ellos, los ángeles de mi familia.

—Hemos hablado de ti —me contesta— y de que el doctor negro ha conversado con tu padre para “*hacer vanos los planes de Dios*” con respecto a ti.

—¿Y cuáles son los planes de Dios con respecto a mí?

—Ése es el porvenir que sólo Dios ve. Pero te prometo que voy a preguntárselo al arcángel Gabriel, quien lo sabrá por su Señora la Virgen, a quien Dios se lo revela todo.

—Pero a lo menos tú, ¿has podido saber si yo seré un hombrecito o una mujercita?

—Sí, serás un hombrecito. Tu hermanita tendrá dos hermanitos...

Desplegó las alas, como hace cuando va a volar, unas alas inmensas que sin embargo caben en el corazón de mi mamá y lo iluminan maravillosamente.

—¡Oh, si el corazón de mamá estuviera siempre así! —exclamo yo, y él me responde:

—Creo que mañana estará así, pero no puedo decirte por qué...

—Si tú no puedes decirme esas cosas, ¿por qué me las anuncias, y me dejas inquieto?

—Para que aprendas a tener paciencia.

Con esto se voló y yo me dormí tan profundamente que tardé, por lo menos, ocho días en despertar.

X

LA VOZ DEL DOCTOR NEGRO. ¿PODRÁN MIS PADRES CRIAR OTRO HIJITO?

—Mañana te podré dar una buena noticia —me dijo Absalón, pero han pasado muchos días y no ha hablado.

Las lecciones que me dio me cansaron de tal modo que no he podido despertarme en no sé cuánto tiempo.

Me siento algo viejo. Cuando se lo he dicho a Absalón ha sonreído y me ha contestado así:

—Te sientes viejo y sin embargo tu mamá todavía ignora que existes. Algo sospecha y eso la tiene en mortal angustia, porque sin saber que existes te quiere inmensamente.

Le he respondido que él siempre me dice cosas incomprensibles para mí.

—Pronto sabrás por qué no te hablo con más claridad. Pronto tú mismo lo comprenderás sin que yo agregue nada. ¿Ves como no eres tan viejo? Reza, pues, por tu madre que está llena de miedo a causa de ti.

Y se ha volado otra vez sin explicarme lo que me anunció, que pronto el corazón de mi madre estaría resplandeciente de luz.

Ha pasado un día más. Han pasado dos y tres y hasta seis días más en que he dormido muy mal, por haber escuchado. ¡Ya tengo mis pequeños oídos que no pierden ningún rumor de fuera! Y he oído varias veces la voz del doctor negro que hablaba con mi padre, delante de mi pobrecita mamá que temblaba entera.

Yo sólo entiendo todavía la lengua de los ángeles, pero el mío, que estaba conmigo una de las veces que habló el doctor negro con su odiosa voz, que también a mí me hace estremecer, ha escuchado sus palabras y me las ha explicado. Se reducen a esto, que el doctor negro repite como una lección ante sus alumnos: *Los padres no tienen derecho de traer al mundo hijos a quienes no pueden sostener.*

—¿Qué significa eso? —le he preguntado.

—Algún día lo sabrás sin que yo te lo explique.

No me satisface la respuesta y vuelvo a la carga. Soy un poco testarudo. Pienso que Dios se ha esmerado al crear mi alma y la ha hecho así.

—¿Significa que si yo naciera mis padres no podrían sostenerme?

—De eso han hablado —me responde indirectamente.

Yo insisto:

—¿Son muy pobres mi papá y mi mamá que sólo pueden sostener a sus dos primeros hijitos, que son hermanitos míos?

—Hay muchos doctores negros además de éste, cuya voz has oído. Todos razonan de igual modo: los padres no tienen derecho de traer al mundo hijitos que no podrán sostener.

—¿Se necesita mucho dinero para sostener un nuevo hijito?

—¡Qué curioso eres!

—¡Contéstame, pues eres mi ángel!

—¡No se necesita mucho, cuando los padres tienen confianza en Dios y saben sacrificar sus antojos.

—¿Qué quiere decir antojos?

—Necesidades frívolas, vicios, caprichos de vanidad.

—¿Mis padres son muy pobres?

—No, no son pobres. Si lo fueran no tendrían tanto miedo de tener nuevos hijitos. Las gentes verdaderamente pobres casi nunca piensan en los sacrificios que les impondrá un nuevo hijito. Lo encomiendan a Dios y le ruegan que los ayude a mantenerlo.

Y se voló para que yo no siguiera preguntándole. Pero me dejó en un mar de perplejidades. ¿Por qué mamá no sabe que soy ya un hijito de ella cuando yo, más pequeño que ella, sé que es mi mamá? ¿Por qué tiembla de miedo cuando oye en nuestra casa la voz del doctor negro? ¿No podría echarlo y decirle que no venga más?

He dicho *nuestra* casa, considerándome ya con derecho a ella, con mis dos hermanitos, bajo la protección de mi mamá, que sé que me quiere, aun antes de que ella sepa que existo.

XI

TENGO 25 DÍAS. ¿QUÉ ES SER SANTO? EL CORAZÓN DE MI MADRE RESPLANDECE.

Debo de ser enorme de tamaño, aunque Absalón se sonríe cuando se lo digo. Y sin embargo todavía mamá no tiene ninguna noticia de mi existencia. Pero creo que está sospechándola.

Hoy mi ángel me ha contado algo, que me ha hecho extraordinariamente feliz. Ha hablado largamente con el arcángel Gabriel.

Todas sus enseñanzas me las ha ido dando mi ángel en los veinticinco días de vida misteriosa que tengo.

Me ha dicho que Dios me ha dotado de un alma extraordinaria. Que seré, cuando nazca, una maravilla como inteligente y como bueno. Que cuando sea hombre me haré sacerdote y que moriré mártir en tierra de infieles y seré santo en la Iglesia.

Como no entiendo casi ninguna de estas cosas, que oigo por primera vez, me las hago explicar largamente. Los ángeles de la guarda están para eso.

—¿Qué es un santo?

—Es una persona humana que ama a Dios con amor heroico.

Yo que siento un infinito ardor en mi pequeñísimo corazón, se lo digo en la mejor forma que puedo decírselo. Él me comprende y agrega, sin miedo de que yo me ponga orgulloso, porque parece que los santos nunca son orgullosos:

—Los ángeles de tu familia estamos rogando a Dios por ti, que serás, cuando nazcas, un ser extraordinario.

—¿Y cuándo voy a nacer?

—Falta mucho todavía, y en todo ese tiempo pueden sobrevenir grandes tristezas en tu casa y terribles iniquidades del doctor negro, como ya ha ocurrido varias veces antes de ahora.

¡Y se voló! Y yo me dormí, hasta que me despertó un resplandor intensísimo, que no provenía de las alas de mi ángel, sino del corazón de mi mamá.

Llamé a mi ángel con la pequeña voz de mi alma, infinitamente más grande que mi cuerpo, y le pregunté si pasaba algo nuevo, porque ya no me sentía en la triste oscuridad de antes.

—Lo que pasa es que tu mamá se ha confesado. Ya su corazón no está negro, de esa negrura que te asustaba, y ahora mismo va a comulgar.

No pude contener mi curiosidad, y aunque me ha prohibido ser curioso le pregunté:

—¿Cuándo se ha confesado? ¿De qué se ha confesado? ¿Qué significa comulgar?

—Aquí en la iglesia —me contesta— hay uno de esos hombres que por privilegio de Dios pueden perdonar los pecados que una persona les confiesa en secreto.

—¿Un sacerdote?

—Sí, un sacerdote, como tú serás, si te dejan vivir los malos hombres bastante tiempo para que llegues a serlo.

—Pero si Dios me tiene destinado a ser sacerdote me dejarán vivir, aunque no quieran.

Me responde con una voz tristísima.

—Hay muchos niñitos que Dios tenía destinados para grandes hazañas, pero que no llegaron a nacer. Sus papás, por consejos de doctores de alma negra, los hicieron matar por ellos, antes de que nacieran. Esos padres y esos consejeros cometieron una acción infernal: *“hicieron vanos los planes de Dios”*, que siempre ayuda al que quiere ser bueno, pero nunca jamás se opone al libre albedrío de los que se empecinan en ser malos y matan a sus hijitos indefensos.

La luz del corazón de mi madre me deslumbra. Parece ahora mil veces más intensa que hace un rato y yo, pobrecito de mí, que he recibido ya tantas lecciones de mi ángel, no sé qué es este calor precioso que me penetra el corazón y esta claridad que tanto me alegra.

—Tu mamá —dice Absalón, que ha plegado sus alas y se ha puesto de rodillas— acaba de comulgar. Lo que tú estás sintiendo es el amor a Cristo Jesús, que en este momento está muy cerca de ti.

—¿Puedo hablar yo con Él?

—Sí. Dile que lo amas. Él te comprenderá.

No me limito a decirle que lo amo, por mi cuenta agrégo otra cosa.

—Señor, te amo... Quiero nacer para ser tu sacerdote y perdonar los pecados de los hombres. ¡No permitas que me maten, Señor!

Aunque no he oído su divina voz, estoy seguro de que me ha contestado, porque he sentido un divino hervor en mis venas, pequeñísimas todavía.

Después de haber tenido mucho miedo, por lo que me ha contado mi ángel de los pecados anteriores de mi madre, estoy lleno de esperanza, porque su corazón se conserva iluminado gracias a la presencia del Señor.

XII

MI MADRE SE DA CUENTA DE QUE YO EXISTO. PERO LO OCULTA A MI PADRE, POR MIEDO DEL DOCTOR NEGRO. UNA HORRIBLE DISCUSIÓN. EL MAL OLOR DE LA CASA DE ESE HOMBRE.

Hoy, por primera vez mi madre ha tenido noticias de mi existencia. Su corazón sigue iluminado y late con una fuerza que yo no le conocía. Ha contestado briosamente a ciertas palabras de mi padre que la interrogaba. Más tarde ha venido el doctor negro y ella se ha negado a salir de su cuarto. Ni siquiera ha respondido a las raras preguntas que él le ha hecho.

Como no entiendo las palabras de ellos y mi ángel no ha querido explicarme nada, me he dormido en la plena luz del corazón de ella, soñando que un día seré sacerdote y otro día seré santo.

Al día siguiente

Ya mi mamá no tiene dudas de la existencia de su nuevo hijito, pero me parece que se lo niega a mi papá y hasta al doctor negro que ayer volvió a interrogarla con su odiosa voz. ¿Pero qué le importa a él lo que pasa en nuestra casa?

Como el corazón de mamá continúa iluminado, lo cual significa que está en estado de gracia, mi ángel se muestra sumamente alegre y yo pienso que les ha contado todo esto a los otros ángeles de mi familia.

Me ha dicho, sin embargo, que el ángel de la guarda de mi padre se nuestra muy acongojado, señal de que el alma del pobre señor está, más que nunca, oscurecida por los pecados de antes y los malos propósitos de ahora.

¿Cuáles son esos malos propósitos? Yo creía que todo peligro de nuevos pecados de mi madre había pasado, pero no ha de ser así, porque Absalón me repite que hay que rogar mucho a Dios. Durante largo tiempo seguiremos en grave peligro.

Otro día

Tengo tan cansada la cabeza por esta inmensidad de recuerdos, que he resuelto no acordarme sino de los que me parecen los más importantes.

Por ejemplo, ayer hubo en casa una terrible discusión entre mi padre y mi madre. Él exige, como dueño y señor, que se haga algo en que debe intervenir el doctor negro y ella atemorizada se ha negado a hacerlo, diciendo alguna pequeña mentira, que es un pecado, porque la luz de su corazón ha disminuido un poquito.

No se qué será y estoy seguro de que mi ángel se negará a explicármelo si le pregunto. No le preguntaré nada y seguiré muy atento.

En todo caso, mi madre ha vuelto a la iglesia y ha comulgado otra vez y yo he sentido aumentar la luz con la divina presencia del Señor y le he pedido de nuevo lo que antes le pedí:

—¡Quiero ser sacerdote! ¡No permitas, Señor, que me maten!

Seis días más tarde

Me ha contado Absalón que ha visto al ángel de la guarda del doctor negro. Por malo que sea un hombre, tiene siempre un ángel que lo acompaña y lo protege y lo aconsejará hasta el día de su muerte. Algunos de estos ángeles guardianes viven alegres porque sus palabras son escuchadas y las personas a quienes guardan son buenas. Otros ángeles viven avergonzados por la mala vida, el orgullo, la rebeldía de aquellos a quienes cuidan.

El del doctor negro ni siquiera puede acompañarlo siempre porque se queda a la puerta de la casa de él, cuando el doctor negro está adentro.

—¿Por qué? —le pregunto muy intrigado.

—Porque los ángeles sentimos el olor insufrible de las casas construidas con el producto de un pecado y no podemos habitar en ellas.

—¿Y es así la casa del doctor negro?

—Sí. Cuando él era joven y no tenía riquezas, vivió pobremente. Pero cuando se hizo famoso por la especialidad que ahora ejerce...

—¿Qué especialidad es? ¿Qué significa una especialidad?

—No me preguntes tanto. Luego tú mismo lo irás comprendiendo. El doctor negro ha ganado mucho dinero con lo que hace por su mano y lo que enseña a hacer a otros jóvenes doctores de tan mal corazón como él. Los crímenes de ellos son indirectamente crímenes de él, que fue su maestro.

—¿Y su casa a donde un ángel no puede entrar...?

Me interrumpe. Verdaderamente no le gusta hablar de esto, pero tanto lo hostigo que me explica:

—Su casa a los ojos de los hombres es muy hermosa, pero a los ojos de Dios y de los ángeles causa espanto. No hay un ladrillo, ni un hierro, ni una madera que no estén amasados o pulidos con la sangre de miles y miles de niñitos, que por culpa de él murieron antes de nacer y sin bautismo. Dios había creado el

alma de esos pobrecitos y había trazado para ellos un hermoso camino en la vida. Iban a ser personas útiles, bondadosas y sabias, que harían mucho bien a los hombres y hasta serían grandes santos. Pero el doctor negro, por ganar un ladrillo más para su horrible casa, los mató o los hizo matar por sus discípulos, antes de que nacieran. Las infelices criaturas nunca irán al cielo. Por eso su casa tiene un espantoso hedor a sangre inocente, y ni su ángel de la guarda penetra en ella. Un día el demonio, que lo encuentra siempre bien preparado para su infierno, le dará un golpe de muerte y no tendrá nadie que lo defienda.

Al oír estos horrores me entra un gran temblor. Hasta mi madre siente mi agitación. Es claro que ella no puede adivinar las conversaciones que yo mantengo con su ángel, que también es mío, pero de algo se da cuenta y dice para sí, intentando acariciarme de lejos con su suave mano:

—¡Pobrecito!, está nervioso, porque yo misma estoy intranquila. No tardarán en descubrir que he mentido para salvarlo, asegurando a su padre y al doctor que mi hijito no existe.

Esto me lo traduce mi ángel que comprende hasta las cosas dichas en voz bajísima.

Aunque hemos dejado de conversar, yo sigo pensando en la casa del doctor negro, cuyos ladrillos han sido amasados con la sangre de niñitos como yo.

Y pienso una cosa que voy a preguntar a mi ángel:

—¿Acaso estos millones de asesinatos no son castigados por la justicia de los hombres que dicen que es reflejo de la de Dios?

XIII

EL ÁNGEL, PREOCUPADO.

LE PREGUNTO POR QUÉ LA JUSTICIA DE LOS HOMBRES PERMITE QUE
LOS PADRES MATEN A SUS HIJITOS.

Es evidente para mí, que ya lo conozco tanto, que Absalón está muy preocupado y hasta triste. ¿Pero un ángel puede estar triste?

A cada instante viene, observa el resplandor que ahora hay en el corazón de mamá y sin decir palabra abre sus alas de nácar y se vuela, como si temiera la desaparición de esa divina luz que ahora nos alumbra a ella y a mí.

¿Qué es lo que ha sabido? ¿Qué le han dicho los otros ángeles de la familia, puesto que tengo la seguridad de que se encuentran y conversan?

¿Qué le ha dicho sobre todo el ángel del doctor negro sobre las conversaciones que éste mantiene cada día con mi padre?

No sé nada, porque está mudo conmigo.

Si no fuera por la tremenda angustia que me causa el ver a mi ángel en esta situación, yo estaría orgulloso de mí mismo. A la luz del corazón de mi mamá he podido con mis propios ojitos contemplar mi pequeño cuerpo.

Ya no soy lo que era cuando comencé a conversar con Absalón. Mi alma ya era perfecta, a pesar de su inmensa ignorancia, pero de mi cuerpo entonces no había apenas señales. Esto lo pienso ahora, porque yo no veía, no tenía ojos, ni órgano alguno separado y viviente.

Ahora soy otra cosa, y me asombro de los progresos que he hecho. Soy un muchachito bien formado, un poco nervioso y comprendo que mi mamá esté enamorándose de mí cada día más. Yo también de ella, seguro de que me defenderá contra todo peligro.

Hoy no lo he dejado escaparse a mi ángel y le he soltado la pregunta que hace días quiero hacerle:

—¿La justicia de los hombres permite que haya papás que decidan asesinar a sus hijitos y doctores que se encarguen de hacerlo?

—¡Sí! —me responde impetuosamente—. Cuando un doctor de éstos afirma en un papel que tal niño fue muerto antes de que naciera para salvar la vida de la madre, la policía cierra los ojos y no averigua nada y el asunto no llega a los jueces, que tampoco dirían nada.

—¿Pero hay quienes conocen estos crímenes, además de los que los ejecutan?

—Sí, muchos amigos a quienes los papás de los niños asesinados les cuen-

tan esto como si contaran que han bebido un vaso de agua. Y se les felicita, como si hubieran escapado a un peligro.

—¿Qué quieres decir?

—Que cuando los papás no quieren tener un nuevo hijito, porque piensan que les costaría mucho mantenerlo, se apresuran a matarlo, antes de que nazca o antes de que se forme en el seno de la mamá. Si no se apresurasen y el chiquito naciera, la policía y las leyes y los jueces considerarían criminales a los papás o a los doctores que los suprimieran. Por eso hay que andar a prisa. Mientras más pronto se les mata es menos peligroso para los papás y para el doctor que los aconseja. Los chiquitos antes de nacer no tienen ninguna defensa en la sociedad.

—¿Y son muchos los que mueren así?

—Los que mueren antes de formarse en el seno de la madre son miles de millones. Los que son muertos después que se han formado, cuando tienen ya un alma creada por Dios para ellos y un destino trazado en sus planes son muchos, quizá millones. Estos crímenes, que la sociedad ni siquiera considera faltas, enojan a Dios de un modo terrible, porque... ¿Te estás durmiendo, chiquito?

—Sí, perdóname, pero tus explicaciones son muy difíciles de comprender y me hacen doler la cabeza.

—¡Duérmete! Todavía hay mucha luz en el corazón de tu mamá y tú duermes mejor en la luz que en las tinieblas.

Al decir mi ángel "*todavía hay mucha luz*" su acento es melancólico como si temiera que eso pudiera faltarme un día u otro.

XIV

MI PADRE SOSPECHA QUE YO EXISTO. MAMÁ SE VA A OTRA CIUDAD.

Mi pobrecita mamá le dice a mi papá que está muy cansada de vivir en esta ciudad. Todos los días la visitan sus amigas y ella no tiene ánimos para visitar a nadie. Querría descansar en casa de su mamá que vive en otra ciudad.

Mi papá la interroga como si fuera un juez. Yo he aprendido ya muchas de sus palabras y sé que le pregunta por qué se siente tan cansada.

Es el motivo de las reyertas que tienen casi diariamente, en algunas de las cuales he oído la voz del doctor negro.

Mi mamá sale siempre del apuro. Sin embargo yo le noto que va perdiendo fuerzas. Nadie está más íntimamente unido a ella que yo y por lo tanto nadie adivina mejor que yo lo que le pasa.

Y lo que le pasa es que mi padre *sospecha que yo existo y que ella le miente.*

¿Por qué miente? Mi ángel me ha explicado: porque mi padre cree que un nuevo hijito lo empobrecería, con los grandes gastos que traería. Mi padre no tiene confianza en Dios.

—Entonces, ¿qué va a suceder cuando mamá no pueda seguir negando?

Mi ángel me contesta con voz insegura, como si no creyese mucho lo que dice.

—Esperemos que cambie el corazón de tu papá.

—El doctor negro y los malos amigos que tienen lo aconsejarán de otro modo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Se lo he oído decir a mi mamá que conversaba con un sacerdote, un día que tú habías volado a hablar con el arcángel.

Mi ángel se sonríe y me tranquiliza.

—Esperemos que la Santísima Virgen consiga ablandar el corazón de tu padre o dé fuerzas a tu mamá para hacer frente a tantos enemigos como tiene en el mundo una madre honesta.

¡Qué hermoso es vivir en paz! Estamos, con mamá, a mucha distancia de ese gran Buenos Aires, donde todos los días y todas las noches, según dice mi ángel, millones de hombres y mujeres impiden que lleguen a la existencia sus hijitos.

También sucede algo de eso en las pequeñas ciudades y hasta en los cam-

pos, pero no en tan terrible proporción. Mi ángel me ha dicho que por cada niño que nace, cientos son impedidos de existir, y que un día Dios tomará tremenda cuenta de estos crímenes. La Santísima Virgen está deteniendo el brazo de Dios. ¿Hasta cuándo podrá hacerlo?

XV

¡QUE NO ME MATEN, DIOS MÍO! YO QUIERO SER SACERDOTE.

Mi ángel ya no teme que yo me duerma cuando él me habla con tanta seriedad.

Yo comprendo que están acercándose para mí las horas más trágicas. Mi pobre madre ahora en casa de la suya, que es mi abuelita, vive en paz, sin disputas. Pero sabe que esta preciosa paz que le permite ir todos los días a la iglesia a comulgar, llenándose de luz y tomando fuerzas no puede durar.

El ángel vuelve a hablarme, y esto lo sabe por el arcángel Gabriel, de que los hombres cegados por la maldad del diablo no tienen idea de lo que el mundo pierde con estos asesinatos sin número que cada día se cometen, en lo más puro de la humanidad, que son sus niñitos.

Dice que muchos sabios siniestros andan propagando sistemas para contener el aumento de las gentes, aduciendo que pronto la tierra no podrá alimentar a su población. Con el aparente miedo de que algún día esos niños por falta de alimentos puedan morir, se anticipan a matarlos desde ahora.

Y dice que este pecado infernal ha excluido de la existencia a seres que habrían sido inventores prodigiosos, infinitamente superiores a los que se han conocido, genios que con sus descubrimientos habrían conjurado todo peligro de que la humanidad aun multiplicada por cien pudiera encontrarse estrecha en los ámbitos de la tierra. Más aún, que algunos de esos niñitos arrancados a la vida, iban a ser cerebros capaces de hallar la manera de que los hombres conquistaran pacíficamente nuevas tierras en los astros y difundir en ellos la fe y el servicio de Dios.

Todo eso ha sido borrado, aniquilado por las infames prácticas de lo que llaman *restricción de la natalidad*.

Me pondera el ángel lo que habría adelantado el mundo en otras cosas, menos materiales, como son las artes o la ciencia del alma.

Entraba en los planes de Dios, me dice Absalón, que el hombre (Adán y Eva) llenara la tierra con sus descendientes y la dominara. Y ahora el hombre, que no confía en Él, no se atreve a crear un descendiente más y se hace impotente él mismo para dominar su propio imperio.

¡Qué inmensos horizontes se abren a mi pequeño pensamiento con estas grandes palabras! ¿Podré yo, algún día, ser sacerdote y contribuir a que por mi parte se cumplan los planes de Dios?

Hoy en la iglesia, cuando mamá comulgó, me sentí tan cerca de Jesús en su corazón que volví a rezar casi en sus oídos mi oración de siempre.

—¡Que no me maten, Señor y Dios mío! ¡Yo quiero ser sacerdote!

Eso fue la última vez que pude rezar cerca de Cristo en persona, porque fue también la última vez que mi pobre madre comulgó.

Vino, pues, mi padre y se llevó a mi madre a Buenos Aires.

Le bastó una ojeada para comprender la comedia que ella estaba representando. Ya no era posible mantener el secreto. Mi pequeño cuerpo se había desarrollado tanto que para un ojo experto era inútil toda ficción.

Él se limitó a decir pocas palabras, que me hicieron temblar en aquel mi refugio que duraba ya varios meses.

—Ahora será difícil extirpar eso, pero el *doctor* lo arreglará bien. No sufrirás mucho, no te asustes.

En el tono inflexible se advertía su extrema cólera y su inexorable decisión.

Tuvimos dos días de paz. Mi padre parecía tranquilizado. Además, el doctor negro se hallaba ausente, en un país lejano, a donde había ido a dar conferencias sobre su maldita “especialidad”.

Mi ángel me contaba todo y me hacía rogar a Dios por mi madrecita, agotada de fuerzas para las nuevas arremetidas que iba a soportar de mi padre, irritado e inflexible.

Mi desventurada madre nunca tuvo voluntad. Débil, apocada, se hubiera dejado matar. Tal vez ahora sería capaz de defender su vida, porque en ella se sustentaba la mía. Ya mentalmente me había bautizado con el hermoso nombre de Jesús.

Yo me dirigí a Él, rogándole que auxiliara a mi madre.

XVI

LAS INFAMES AMIGAS. LAS BIENHECHORAS DE LA HUMANIDAD.

Era día de visitas y la casa se nos llenó de señoras que iban a saludar a mamá.

Sus conversaciones, que yo oía bastante bien, era desconsoladoras.

Hablaban de lo difícil que es, en la época moderna, tener muchos hijos. La vida cara, las casas pequeñas, la falta de sirvientes, lo incierto del porvenir.

Yo había oído tantas veces aquella tirada de las mismas cosas a diversos amigos y amigas de papá y mamá, que me agobiaban y aburrían.

Pero en esa ocasión impresionaron mucho a mamá, sobre cuyo cuerpo deformado parece que caían todas las miradas de aquellas mujeres frívolas y curiosas. Una de ellas se atrevió a decirle:

—¿Cómo es eso? ¿De nuevo estás...?

Mi madre, estremecida de espanto, volvió a negarme, diciendo:

—¡No! ¡Qué ocurrencia! Ya tengo bastante con mis dos chiquillos que me dan mucha guerra. ¿Y tú?

—Yo también tengo dos y de aquí no pasaré.

Eran varias en la reunión, todas casadas y todas con poquísimos hijos. Apenas si una de ellas tenía cuatro y casi con rubor confesaba que los dos últimos fueron por "*inadvertencia*".

Yo no comprendí, pero me hizo temblar la explicación que aquella bribona agregó:

—Yo era muy joven y me aturdí y no me animé a resolver lo que ahora, con diez años más de experiencia, resolvería tranquilamente.

La asaltaron a interrogaciones.

—¿Qué harías, pues? —le preguntaron varias, para quienes aquella conversación tenía un sabor especial, porque todas ellas habían pasado por los mismos trances y les convenía tranquilizar sus conciencias con el ejemplo de otras, tan malvadas o más que ellas.

—Yo haría ahora —prosiguió la otra con voz maligna que llegaba a mis oídos como sentencia de un juez perverso—, yo haría lo que ustedes han hecho siempre...

Todas se echaron a reír. Ninguna protestó, porque ninguna podía decir: *Yo puedo jurar no haber cometido un fraude ni un crimen.*

No todas, empero, en aquella infernal algarabía parecían de acuerdo, pues tres de ellas no proferían palabra.

Una de las habladoras las increpó:

—¿Ustedes no tienen nada que decir? ¿Les parece bien que esta pobre amiga nuestra siga cargándose de criaturas?

Alguna contestó:

—Que cada cual haga lo que le parezca. Yo sólo tengo dos chiquillos. No quise tener más y ahora vivo temblando por sus vidas. Me han dicho que Dios castiga terriblemente a las madres que a su tiempo no quisieron tener más hijos y les arrebató, de pronto, los que tuvieron. ¿Será verdad?

—¡Sí, es verdad! —respondió sollozando otra de las que callaban.

—Yo también hice mis cálculos con mi marido y me limité a uno solo. Era todo mi amor, lo único que me hacía querer la vida... De pronto, mi hijito, mi cielo en la tierra, se voló como un ángel, porque Dios, celoso de mi gran amor o irritado por mis grandes culpas, me lo ha quitado.

Durante unos minutos ninguna otra habló. Todas cavilaban en lo que podía ocurrirles a ellas mismas.

La tercera de las que no hablaban se levantó impetuosamente y salió limpiándose las lágrimas. En el umbral de la sala, dijo volviéndose hacia sus amigas:

—¡Sí, es verdad! Yo tengo sólo una hijita. No tuve confianza en la Providencia o fui débil con mi marido, que ya murió. Ahora mi hijita está enferma, grave, grave, grave. Los médicos me la han desahuciado y no podrá vivir mucho... ¡Es verdad, es verdad! Esta desconfianza para con Dios es lo que más lo ofende.

Y desapareció y de nuevo se quedaron silenciosas las amigas.

Mi temblorosa madre no dijo nada. Sometida a la tremenda voluntad de su marido, se había doblegado siempre y caído en todas las aberraciones en que se cae cuando no se teme a Dios. Ahora ella temía que la mano pesada de Dios la castigase donde más podía dolerle, que era en sus dos hijitos nacidos años antes, y que iban a ser los últimos, según sus cálculos. Pero el otro no nacido todavía, que venía fuera de toda previsión, estaba condenado a morir. Y ése era yo.

Regresó de Europa el horrible doctor, cargado de honores y de fama, porque había difundido en conferencias y escritos la última palabra de esa doctrina, vieja, como que venía de los tiempos de Onán en la BIBLIA, pero que él remozaba con las últimas estadísticas del crecimiento desmedido de la población del mundo, sentenciada a perecer si no se controlaba la natalidad.

Con esto, los que hacían fraudes y cometían crímenes para no aumentar sus hijos se tranquilizaban sintiéndose bienhechores de la humanidad.

Mi ángel, que me explica indignado estas miserables trampas, me anuncia que el doctor negro viene ahora mismo a casa.

Era la peor noticia que podría darme y mi madre, que ya lo sabía, sufre como

si le anunciaran algo peor que la muerte, porque le anuncian un crimen al que ella debe asociarse.

¿Por qué mi madre no es más resuelta y huye de su casa hasta que se enfríen los malos propósitos de estas gentes?

Es que la pobre está acorralada por todo el mundo. La charla frívola y perversa con sus amigas la ha agotado. Casi tiene envidia de la tranquilidad que ellas disfrutan cometiendo indecencias y contándoselas como gracias, unas a otras.

Y eso que ellas han sido educadas en un ambiente religioso y que van a misa los días de precepto y que, ¡horror de horrores!, en las fiestas muy señaladas, para no llamar la atención, se acercan al comulgatorio después de una confesión sin dolor y sin propósito y callando la más grave de sus culpas o achacándola al marido.

Mi ángel ya no teme referirme estas atrocidades porque me halla fuerte para comprenderlas.

XVII

PRIMER HACHAZO DE LA MUERTE. EL DOCTOR ASTARÓ.

¡Y pensar que tengo muy pocos meses en el seno de mi madre! Pero mi alma es mil veces más grande que mi cuerpo.

Aquella tarde que mi madre estuvo a punto de sucumbir de espanto, porque se anunció la visita del doctor Astaró, nada ocurrió en nuestra casa sino en la de él. Iba a salir cuando en la puerta de calle sufrió un síncope.

Lo alzaron desvanecido y lo llevaron a su cama y acudieron los médicos que se disputaban la gloria de atenderlo.

Su ángel de la guarda, a quien repelía aquella casa por la hediondez que despedía para él, se instaló a su cabecera, a fin de sugerirle ideas de contrición y deseos de llamar a un sacerdote.

Según me contó Absalón, el ángel del doctor Astaró perdió su tiempo. Ni una sola de sus conmovedoras exhortaciones traspasó la viejísima costra de impiedad y de orgullo que envolvía el corazón de aquel hombre. Si esa vez tuvo miedo de morir, conociendo el peligro en que estaba, lo cierto es que ni un minuto pensó en Dios y en la eternidad que lo aguardaba como un abismo. El diablo había cerrado su corazón para esos pensamientos, y su fiera inteligencia los desechaba. Era lo que el ángel llamaba la *"impenitencia final"*, en que el moribundo sólo piensa en las riquezas o en los honores o en los placeres que terminarán para él. Y sin embargo Astaró era bautizado y en algún tiempo hizo la primera comunión. Pero había cultivado —así decía el ángel— la impiedad por librarse de remordimientos. Vivió largos años sin pensar en Dios y acabó *creyendo* que no creía en Él.

¡Y sí creía, pero a la manera del diablo: creía y temblaba! Por eso fue sordo a las palabras de su ángel, que le hablaba en el silencio de sus tenaces insomnios.

No murió. Poco a poco fue recobrándose del primer ataque y eso lo envalentonó. Lo hizo sentirse inmortal y dos meses después se levantó y alegremente se dispuso a reanudar su vida de "especialista" que lo había hecho célebre y rico.

Su primera visita fue a nuestra casa, porque mi madre lo había esperado. No quería que ningún otro especialista se metiera en los secretísimos asuntos que sólo se consultaban a aquel hombre.

XVIII

EL TENEBROSO CORAZÓN DE MI MADRE.

La divina luz del corazón de mamá se ha apagado bruscamente. Yo comprendo por qué: la desventurada ha caído en pecado mortal. No toda la culpa es de ella. Mucho más culpable lo creo a mi padre. El doctor negro ha hecho callar a Absalón, el ángel de mi madre. A lo menos ella no quiere escucharlo más.

Y juntos, mi padre y Astaró, han hablado con la voz odiosa de hombres que todo lo saben, hasta los secretos de Dios.

¡Mi madre ha consentido en todo, en todo, en todo!

Mi ángel, sumamente triste, no trata de hacerme creer otra cosa. ¿Para qué? Hoy o mañana el resultado de aquella infernal conjuración contra una obra de Dios será igual. Él me ha enseñado a pensar. Dice, eso sí, que los niños, antes de nacer, entienden mejor el lenguaje de los ángeles.

¿Entonces yo no veré las cosas del mundo? ¿Entonces yo no seré sacerdote, que es lo más grande que se puede ser en el mundo? ¿Entonces yo no seré santo? ¿Los hombres malos van a desbaratar los planes de Dios? ¿Me asesinarán antes de que se me bautice y nunca veré a Dios, cara a cara, como los ángeles, ni a la Santísima Virgen? ¿Qué castigo, Señor, merece este crimen?

¡Pero perdónalos, si es posible, y sobre todo perdona a la infeliz de mi madre!

Absalón, mi ángel, me escucha. Ha plegado sus alas luminosas para taparse el rostro y llorar calladito. Cuando yo haya muerto tendremos que separarnos, porque los niños del limbo no tienen ángel de la guarda.

Soy un muchachito perfectamente formado ya, y mis ojos, que no han visto ni verán el mundo, ya pueden llorar.

Y lloro, durante un largo rato, a la par de mi ángel, por todo lo que pierdo a causa del egoísmo de los hombres que no tienen confianza en Dios.

XIX

ME ASESINAN. AQUEL MILAGROSO VASO DE AGUA.

Nos han llevado a un sanatorio donde opera el doctor negro. Mi ángel no se aparta de mí. No lloramos ni él ni yo, pero nos miramos en los ojos.

—Vas a sufrir mucho —me dice Absalón, mientras llevan a mi madre a una sala, donde ya hay otras personas, a juzgar por los diversos ruidos que llegan hasta mí.

Le contesto a mi ángel, y éstas van a ser mis últimas palabras de ser humano.

—¡Más de lo que sufro viéndote tan triste, mi ángel, no voy a sufrir...!

La han acostado a mi pobre madre sobre una cama que me parece muy alta.

¡Ay, qué dolor horrendo! Me han triturado la cabeza con unos fierros, unas tenazas diabólicas, y mi cuerpo es arrastrado y sale al mundo palpitante y sangriento.

Todavía estoy vivo, tendido en una mesa blanca. Mi cuerpo no es más que una masa de sangre que agoniza.

Me examinan, conversan en voz baja y a ninguno de todos esos malvados que hablan de mí se le ocurre bautizarme. Todavía podrían ganarme el cielo y ganarse un abogado en el cielo. Hay allí, al alcance de la mano de cualquiera de los que me miran, un vaso de agua con el que podrían darme la visión de Dios. Pero no se les ocurre. Piensan que es un fastidio que ese amasijo de carnes laceradas por sus tenazas diabólicas continúe vivo y haya que matarlo otra vez.

¡Malvados! Dentro de medio minuto habré muerto. ¡Yo no veré a Dios!

En ese momento se produce el milagro más grande que yo podría imaginar.

Absalón, mi ángel, con el permiso de Dios que acoge mi ardiente deseo de ser bautizado, se ha revestido de aparente carne mortal. Ha penetrado en la sala de operaciones como si fuera uno de los practicantes, ha tomado ese vaso de agua que yo había visto y lo ha entregado a otro de los practicantes vestidos de blanco, diciéndole:

—Tenga piedad de este niño que todavía vive. Usted que sabe la fórmula, bautícelo.

Un ángel no puede bautizar. Tiene que hacerlo un ser humano.

El otro, sorprendido, pero halagado de escuchar lo que le acaban de decir, se me acerca con el agua de vida y me bautiza mojándome la dolorida cabecita: *“Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”*.

Esa agua prodigiosa me llega en el último instante de mi vida mortal, que es el primero de mi vida sobrenatural.

No seré sacerdote, pero soy ya un angelito que penetra en la visión de Dios.

¡Gracias, mi Señor y mi Dios! Mi alma voló al cielo y mi pequeño cuerpo todo ensangrentado fue al crematorio. Hasta el día de la resurrección de los muertos.

Y el doctor negro, con mano mentirosa, escribió el resumen de aquellas iniquidades afirmando que había sido necesario sacrificar al niño para salvar la vida de la madre...

XX

EN EL LIMBO.

De las cosas de la tierra mis ojos no han visto más que aquel vaso de agua con que se cambió mi eternidad.

De las cosas del cielo mis ojos han contemplado tantas maravillas que voy de un asombro a otro. Primeramente han visto a Dios, y aunque yo, curioso como soy, por ser todavía muy pequeño, me alejé de Él para recorrer su universo de astro en astro, seguiré siempre sumergido en su visión. Ni los ojos han visto, ni los oídos de la tierra han oído lo que es eso. Y yo lo hubiera perdido todo a no ser por la misericordia con que se me concedió aquella agua del vaso con que se derramó sobre mí.

Ya Absalón no es mi ángel, pero sigue siendo el de mi madre y me conserva un especial efecto y hoy me ha dicho:

—Si quieres conocer muchos hermanitos tuyos que murieron antes que tú y están en el limbo, el arcángel Gabriel te conducirá en busca de ellos. Tienes la eternidad para encontrarlos. Las almas del limbo se han desparramado por el universo entero. Ellas no tienen ángel que las guíe y a veces se extravían en el fondo de las estrellas.

Pero el arcángel prefiere seguir a los pies de su Dueña, la Virgen, y Absalón viene conmigo, sin alejarse por ello de mi infeliz madre.

Ni él ni yo nos apartamos tampoco de lo que es nuestro para siempre, la visión de Dios. Estamos en ella como en una preciosísima luz. Se asombrarán los hombres de que habiendo llegado a poseer a Dios, que lo es todo, tengamos todavía curiosidad de ver otras cosas.

No sé explicarlo. Pienso que la comunicación de un alma con otra alma es parte preciosa de la gloria misma y que la voluntad de Dios la acepta porque pone en acción la única virtud que nunca muere: la caridad. Especialmente, si vamos al limbo y nos comunicamos con aquellas pobrecitas almas que nunca verán a Dios, podremos llevarles un consuelo.

Yo no sé cuántos son mis hermanos, los hijos de mi madre y de mi padre, que fueron asesinados antes de nacer, con el pretexto, según dictaminó el doctor negro en su infame papel, de que *“ponían en peligro la vida de la madre”*.

No sé si fueron ocho o diez. Sin contar los centenares y aun millares de

aquellos que pudieron ser y nada fueron por culpa de las enseñanzas anti-concepcionistas. Su destrucción la anota Dios en sus libros indelebles.

Se me ocurre una pregunta muy indiscreta y se la hago al ángel con todo aplomo:

—Cuando yo vea a unos padres que tienen muy pocos hijos, ¿debo pensar que son criminales y han dado muerte a muchos niñitos como yo?

—Guárdate de pensar mal de nadie, por ese motivo —me contesta el ángel prestamente—. Dios sabe por qué razones, que Él sólo conoce, bendice a unos padres con más hijos que a otros, sin que sea culpa de los que recibieron pocos no haber recibido más. Pueden parecerse a los otros, pero estos otros no tienen como ellos la conciencia pura, y sólo Dios puede juzgar a todos.

En la eternidad, claro está, ya no existe el tiempo, pero yo sigo señalando los días por los relojes de los hombres, para que puedan entenderme.

En el primer día recorrimos de un vuelo de los astros más poblados de almas de niños.

Más que ellos, nosotros, que sabíamos lo que es ver a la Santísima Trinidad y poseerla, sentimos su inmensa pobreza. Ellos nunca poseerán a Dios, pero por gran misericordia no alcanzan a comprenderlo.

Están tristes, de una dulce tristeza que no aciertan a explicarse, mas se interesan por las materialidades que los rodean y gozan en su medida y en algunos casos también tienen sus pequeñas penas y sentimientos adecuados a su situación.

XXI

EL SEGUNDO HACHAZO DE LA MUERTE. EL HIMNO A SATANÁS.

—Vamos a la tierra —me dijo Absalón—. Vas a ver morir a un ateo. Uno de esos hombres que se jactan de ser ateos, pero que en el secreto de sus almas sin esperanza saben que Dios existe y tiemblan de caer en sus manos.

Mientras yo pensaba en aquel viaje, que los ángeles y los santos pueden realizar en un relámpago, le pregunto:

—¿Quién es el ateo?

Sin responderme directamente, Absalón me explica:

—Por arrogancia y vanidad éste, que es médico y está contando los latidos de su propio corazón, desea morir bebiendo champaña con sus amigos predilectos.

Quién le hubiera dicho al doctor Astaró que *mi operación* iba a ser su último crimen. La muerte lo espiaba hacía tiempo y él, con todo su saber, no podía atajarla.

Aquel día trabajó y se fatigó más de lo que solía y sufrió otro síncope en la propia sala de operaciones, cuando acababa de firmar el certificado donde constaba que yo había sucumbido porque era preciso salvar la vida de mi madre.

Todo el mundo, a comenzar por las autoridades del país y de la universidad, respetaban los veredictos del sabio, si bien no pocos eran los que sabían que en esas palabras se encubría una iniquidad.

Lo condujeron a otro piso del mismo sanatorio y con remedios heroicos lograron hacerlo volver en sí. Su lecho estaba rodeado de amigos y discípulos, que lo estimulaban con sonrisas y mentidas palabras.

Su ángel guardián volvió a empeñarse en convertir su conciencia paganizada.

Pero la costra que envolvía aquel corazón, más que de barro o sensualidad era de infatigable orgullo, duro como el bronce.

Pared de por medio, había otra habitación de igual tamaño donde estaba agonizando un buen hombre, que moría en el Señor, con todos los auxilios religiosos.

Un sacerdote lo acompañaba rezándole las oraciones del ritual romano, después de haberle llevado horas antes la sagrada comunión y dándole la extremaunción.

Rezaba en castellano aquellas largas oraciones con que la Iglesia Católica encomienda a la misericordia divina el alma de los que mueren en su fe, y el moribundo las escuchaba sin congoja, con extrema devoción, apretando un cru-

cifijo en sus manos resacas de fiebre y diciendo “*Amén*” cuando era del caso, a una señal del sacerdote.

Hacía calor y las puertas permanecían abiertas. Afuera se mezclaban en forma chocante las palabras que se proferían en el uno o en el otro departamento, a la cabecera de dos agonizantes tan distintos.

¡Extraña confusión! Aquí resonaban plegarias piadosas, algunas en latín; al lado voces livianas, comentarios optimistas y aun estampidos de botellas de champaña y tintineo de vasos. De pronto alguien, con voz insegura, se puso a recitar versos en lengua italiana.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los amigos.

—El himno a Satanás de Carducci —respondió la voz temblona del doctor negro—; lo sé de memoria. Lo he declamado cien veces en mi mocedad. Ahora quisiera oírsele leer a alguien que pronuncie claramente las palabras. No debemos perder sílaba. A mí me cansa hablar largo. Arriba, en mi despacho, sobre mi mesa... la que fue mi mesa... que ustedes conocen, hay un tomo con las poesías selectas de Carducci... Que alguno de ustedes me lo traiga y les mostraré el lugar donde está el mejor himno al diablo que hayan escrito los hombres.

El doctor negro se había incorporado con vehemencia para proferir estas cosas, con lo cual quería demostrar su tranquilidad ante la muerte, y se desplomó sobre la almohada, tomándose el pulso. Uno de los amigos lo sostuvo por debajo de los brazos y otro le arrimó a los labios exangües la segunda copa de champaña, que él bebió, pagándola no con una sonrisa sino con una mueca.

—Bueno, muy bueno —tartamudeó—, pero hay que beberlo pronto, porque está abuchonándose... o será tal vez mi lengua... saburral...

Volvió a desplomarse cerrando los ojos.

—Avísenme cuando traigan el libro.

Del cuarto vecino llegó la voz del sacerdote, que leía la patética recomendación del alma.

Se percibieron estas exhortaciones:

“Abandona este mundo, alma cristiana, en nombre de Dios Padre todopoderoso, que te ha creado; en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios, que ha sufrido la pasión por ti; en nombre del Espíritu Santo, que se ha difundido en ti; en nombre de la santa y gloriosa Madre de Dios, la Virgen María; en nombre de San José, esposo de la Virgen; en nombre de los ángeles.”

—¡Monsergas de frailes! —exclamó el doctor negro crispando la boca y agregó una cosa horrible: —. Si no fuera porque ustedes me han defendido de esas absurdas retahílas, a mí me las estarían rezando ahora... ¡Denme un trago...! No tengo esperanzas en las cosas de aquí abajo, ni miedo a las de *allá arriba*... —repitió.

El arcángel me susurró:

—¡Mentira! Ya me ha dicho eso mismo. Está muriéndose de miedo por lo que teme encontrar *allá*, es decir al Juez Supremo, a quien se dispone a seguir insultando.

Yo asistía al más pavoroso espectáculo del mundo, cual es el pasaje a la eternidad de un réprobo. Yo temblaba e imploraba a la divina misericordia.

El arcángel me dijo:

—Lo más duro que hay en el universo, más duro que el granito o que el acero, es la voluntad impenitente del hombre soberbio que no quiere arrepentirse.

Uno de los amigos fue a cerrar la puerta del aposento para que las palabras santas no inquietasen al doctor.

Éste lo contuvo con un gesto y extendió el brazo para tomar la obra de Carducci que ya le traían.

—Dejen *abierto*... que *ellos* también puedan oír lo que *nosotros* rezamos... —exclamó irónicamente y hojeó el libro con trémulos dedos, y lo entregó a alguien que empezó a leer con voz robusta y a traducir los versos a la par que los leía:

“A ti, principio inmenso del ser, materia y espíritu, sentido y razón... Te invoco, oh, Satanás rey del banquete.”

¿Se oyeron estas palabras en la pieza de al lado?

Ello es que volvió a sentirse la voz del sacerdote, prosiguiendo su oración:

“Dios de Misericordia, Dios de bondad, Dios que en la abundancia de vuestra piedad borráis los pecados de los que se arrepienten y aniquiláis con vuestro perdón las culpas del pasado, arrojad una mirada favorable sobre vuestro servidor...”

“Padre de bondad, restaurad en su alma todo lo que la debilidad humana ha dejado corromper y todo lo que la malicia del demonio ha profanado.”

El que leía el himno intentaba cubrir estas imploraciones con las blasfemias carduchianas y declamaba así:

“Se ha helado el rayo en la mano de Jehová. Sólo vive Satanás... Tú respiras en mis versos. ¡Oh Satanás! Sí... Qué importa que el bárbaro Názareno con su sagrada antorcha incendie tus templos... Ya tiemblan las mitras y las coronas y en el claustro ruge la rebelión.”

Y el sacerdote parecía contestar con la voz de la Iglesia ultrajada:

“Hermano muy querido, yo te encomiendo a Dios todopoderoso; yo te confío a Aquel de quien eres criatura, a fin de que, después de haber pagado con la muerte la deuda que todo hombre contrae, vuelvas a tu Creador, que te ha formado con el barro...”

“Que tu alma sea recibida por la asamblea de los ángeles.

“Que la excelsa corte de los Apóstoles se adelante hacia ti.

“Que el ejército victorioso de los mártires, vestidos de blanco, salga a tu encuentro.

“Que la radiante blancura de los confesores te circunde.

“Que San José, el dulce patrón de los moribundos, te haga levantar los ojos hacia la gran esperanza.

“Que la santa Madre de Dios, la Virgen María, vuelva hacia ti los ojos llenos de bondad.

“Que Cristo Jesús te muestre su rostro misericordioso y feliz y te acuerde para siempre un lugar entre los que están en su presencia...”

Y de la otra pieza replicaban así:

“Ya tiemblan las mitras y las coronas; y en el claustro se enciende la rebelión, bajo la estola de fray Jerónimo Savonarola. Martín Lutero arroja sus vestiduras sacerdotales, el humano pensamiento rompe sus cadenas, se alza la materia y vence Satanás... Y pasa benéfico de lugar en lugar, sobre su carro de fuego. ¡Salud, oh Satanás! Asciendan a ti el incienso y las plegarias. Has vencido al Jehová de los sacerdotes.”

De nuevo la Iglesia imploraba a la cabecera del que moría con un crucifijo en las manos:

“Dad, Señor, a su alma, la alegría de contemplar vuestro rostro. No os acordéis de sus culpas de otros tiempos... Aunque pecó, nunca renegó ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo. De las culpas de su juventud no os acordéis, Señor... Que venga a recibirlo San Miguel, jefe de los espíritus celestiales. Que los ángeles vengán a acompañarlo. Que la dulcísima Virgen María recomiende a su Hijo el alma de su servidor... San José, patrono de los moribundos, llegue a protegerte cerca de ti...”

Tras esta tierna invocación a la Madre de toda esperanza y al abogado de los moribundos, se hizo un lago de silencio.

XXII

¡DÁDME UN VASO DE CICUTA! UN HORRIBLE ALARIDO.

En ese instante llegó a la disparada uno de los discípulos del doctor negro, anoticiado tarde de que el maestro se hallaba en agonía.

Traíale unas cuantas bellísimas rosas y se las puso al lado de su lívida cabeza, arriba de la almohada.

—Pienso que a Sócrates le hubiese gustado que le llevasen estas rosas —dijo creyendo introducir una nota alegre, mientras bebía el champaña que le ofrecieron.

Y oyó al maestro que le confesó entre estertores:

—Mejor me hubieses traído un vaso de cicuta... Soy el hombre más desgraciado del mundo... El ateísmo se traga bien cuando se está vivo y se tienen ilusiones. Pero esos retornelos que mascullan aquí al lado amortiguan mejor el miedo del enfermo... ¡Denme un sorbo fresco! ¡Será el último!

Fue efectivamente el último. Ni siquiera pudo sostener la copa y la estrelló contra el suelo, para disimular que le temblaban las manos. ¡Conservaba la vanidad de tener un sereno pulso de cirujano!

Uno de los amigos, temiendo que aflojase la fuerza diabólica de aquella alma, dijo despectivamente:

—Mucho más vigoroso que el himno de Carducci es la oración de Proudhon a Satanás. La conservo en mi cartera, así como los frailes llevan estampas en el bolsillo, y la leo a menudo. Casi es rezar al diablo, personaje mucho más templado que Dios y tal vez más poderoso, si existen uno y otro. Me divertiría saber de cierto lo que hay.

El moribundo agitó los brazos con desesperación. El otro rebuscó en su cartera y comenzó a leer la diabólica página.

“En cuanto a mí yo digo: el primer deber del hombre lúcido es arrojar inmediatamente de su espíritu y de su conciencia la idea de Dios. ¡Espíritu engañador, Dios insensato, tu reino ha concluido! Busca otras víctimas entre las bestias.

“Hete ahí destronado y pulverizado... Ven, oh, Satanás, ven tú, el calumniado de los sacerdotes y de los reyes, ven que te estreche sobre mi pecho. Hace mucho tiempo que tú me conoces y que yo también te conozco. Tus obras, ¡oh, bendito de mi corazón!, no siempre son ni buenas ni hermosas, pero solamente ellas dan un sentido al universo y le impiden ser absurdo. Dios es la hipocresía

y la mentira. Dios es tiranía y miseria. Dios es el mal. Tú sólo, oh Satanás, ennobleces el trabajo y pones un sello a la virtud..."

Astaró meneó aturdido la cabeza. Ya apenas le quedaba un hálito de vida y seguía empeñado en tomarse el pulso.

—Esto se acaba... —dijo, y un hipo lo atragantó.

Le respondió con ronco acento el que había rezado al diablo.

—¿Estás ronco? —le preguntaron.

—Sí, me he puesto afónico.

Y esforzó la voz para que el moribundo lo oyera.

—Dentro de poco usted estará con el vencedor de Jehová. Él lo estrechará contra su pecho, como a un viejo y esperado amigo. Dígame que yo también quiero abrazarlo... ¿Me lo promete?

—¡Sí! —tartajeó el doctor negro, con los vidriosos ojos fijos en la pared.

—Pues háganos una seña, no bien se encuentre con él... Un grito, sólo un grito...

—Hoy te gritaré... Pero estoy seguro de que... no me oirás... Y si me oyes... te... matará...

Y ésa fue su última palabra en este mundo.

Su cara se descompuso. Mueca pavorosa en que se mezclaba la asfixia de los pulmones, el dolor agudísimo de las arterias finas que estallaban, al miedo insondable y tenebroso en que se hundía la mísera alma, sin otro salvavida que las blasfemias con que había implorado la protección del diablo y no el perdón del Redentor, que por ella derramó en vano su sangre. Tan cierto es que Dios respeta hasta el borde del infierno ese prodigio de la creación que es la libertad humana.

Y así quedó. LA SAGRADA ESCRITURA dice que del lado que cae el árbol, así queda para siempre.

En ese momento, cuando los amigos se amontonaban junto al muerto, llegó hasta los oídos de sólo uno de ellos un grito horroroso, el alarido del alma estrechada por los brazos de fuego del príncipe de este mundo, que lo aguardaba en el otro.

Pero ese alarido alcanzó a uno solo, pues los demás nada oyeron y penetró como una flecha en su corazón.

Todavía con el pedazo de papel, que iba a guardar en su cartera, cayó redondo sobre el duro suelo.

De la pieza contigua también partió un alma a la eternidad, pero a esa alma la aguardaban la Santísima Virgen y San José, que la acompañaron hasta los pies del Juez Supremo.

En un instante estuvimos en el lugar por donde iba a pasar el alma de Astaró. Sentimos un estrépito de cadenas, que parecía remontarse hasta las más leja-

nas estrellas, y un hedor espantoso. Miles y miles fuimos los que, asomados, como al borde de un abismo, vimos aquella tromba de llamas, que era el doctor negro. Por permisión divina él nos vio y reconoció y fue el comienzo de su espantoso gehena. No nos podíamos alegrar, pero que él nos viera y nos reconociera y hasta pudiera contar el número del portentoso rebaño de ovejitas inocentes sacrificadas por su sabia mano, formaba parte de su eterno castigo.

A mis hermanitos, por los secretos designios de Dios, no les alcanzó aquella agua que a mí me dio la vida eterna.

Tuve miedo por mis padres y por mis hermanitos y pensé rogar al arcángel que me llevara a los pies de la Santísima Virgen para suplicar en su favor.

Esta larga visión pasó en la millonésima parte de un segundo, conforme a los relojes de la tierra.

Cuando me disponía a interrogarlo, Gabriel me habló de Astaró:

—Tú no te imaginas la última horrorosa batalla que se libró entre la gracia y la libertad de ese hombre, cuando todos los creían muerto. Dios subordina el otorgamiento de su gracia y su perdón a la voluntad humana y la respeta como a uno de los mayores prodigios de la Creación. Dios le concedió algunos instantes de vida, que no advirtió ninguno de los que lo rodeaban. El soberbio albedrío del sabio, robustecido por Satanás, padre de la mentira, luchó contra la luz que lo inundaba. Y se negó a adorar a Dios y no consintió en arrepentirse de la infamia de su vida y de sus horrendos pecados. Así, con entera lucidez, perdió el último segundo en que todavía pudo asirse a esa ancla salvadora y renegó de la Sangre de Cristo que lo bañaba y se entregó al demonio.

Eso es lo que se llama *impenitencia final*.

XXIII

EL DIVINO PORDIOSERO.

Yo estaba despavorido. El arcángel me reanimó con estas palabras:

—Vas a ver ahora algo que te consolará de estos horrores. ¿Quieres conocer a tu mamá viéndola por primera vez en la tierra?

Cuando se ha visto a Dios Nuestro Señor cara a cara, y así lo veía yo, el alma se siente saciada y puede en verdad responder que no desea nada más.

Pero las inspiraciones de la caridad son tan inmensas y variadas en la gloria, que sin alejarse un átomo de la visión de Dios, el alma se deleita dilatándose por todos los astros, conociendo y comunicándose con los santos y aun descendiendo a la tierra para infundir sentimientos de adoración al Señor y de amor al prójimo y gozarse en alentar los corazones que necesitan ser consolados.

Por eso respondí al ángel:

—Nunca he visto a mi pobrecita mamá. Pienso que a ella le gustaría saber que yo estoy en el cielo y que ruego por ella.

En un instante, con la rapidez vertiginosa del pensamiento, estuvimos en la tierra.

No sé cuánto tiempo, en los calendarios de los hombres, había transcurrido desde la hora de mi bautismo. Una semana, quizá un mes, tal vez algo más.

—¡Ésa es tu madre! —me dijo el ángel, deteniéndose a la puerta de una iglesia. Y me explicó que en ese lugar se adoraba al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo y que la iglesia estaba puesta bajo la advocación de la tercera persona de la Santísima Trinidad.

Me aproximé todo trémulo a aquella hermosa mujer y la hallé todavía más triste que en los tiempos en que yo viví en su seno y palpité con su corazón y hasta conocí algunos de sus pensamientos.

Por indicación de Gabriel quedéme a la puerta, esperando su salida, que tardó poco. Había ido a encargar unas misas en sufragio de las almas del purgatorio. Entre esas almas una era la de ella misma, otra la de su marido, mi padre. Yo alcanzaba a escuchar su conversación con el sacristán.

Cuando apareció de nuevo, miréla en el rostro. ¡Quién le hubiera dicho que su hijito, el último de sus hijitos, sacrificado por el egoísmo de los hombres, estaba allí, invisible, a su lado, bendiciéndola porque le había dado el ser!

Sí, yo la bendecía y rogaba por ella.

Al mirarla desde cerca me pareció reconocirme a mí mismo en las puras líneas de su rostro. Pero yo era infinitamente feliz y ella profundamente desgraciada, a juzgar por sus ojos sombríos y la imborrable arruga de su frente.

En el atrio de la iglesia se agolpaban algunos pobres que le tendieron la mano. Mi madre les dio limosna a todos y yo oí al arcángel estas palabras:

—La limosna entenece la mano de Dios airada. Es una oración sin palabras que atrae muchos favores del cielo. Las gentes mundanas no vacilan en gastar su dinero si se trata de diversiones, placeres o vanidades, pero cuando algo dan a los pobres, lo consideran un gran desprendimiento aunque sea una fruslería.

—¿Entonces no les vale de nada? —preguntéle viendo a mi madre que se dirigía a otro pobre, que permanecía quietecito, alejado unos pasos de la iglesia, en la misma calle.

—Sí, les vale. Toda limosna, si fue dada con buena intención, vale para quienes la dan. Pero cuánto más les aprovecharía si dieran generosamente.

Hemos seguido a mi madre, acercándonos a aquel mendigo, que aguarda sin extender la mano.

Me asombra su aspecto. Si bien sus ropas son postrísimas, casi harapientas, tienen tanta dignidad como si fueran la vestidura de un rey. Y su rostro me deslumbra y arroba, tan dulce es su mirada, tan maravillosamente hermosa su frente.

Mi pobre mamá debe de haber sentido lo que yo, en presencia de aquel hombre que permanece inmóvil, apoyada la espalda en la pared y descubierta la cabeza. Se le aproxima y le echa su limosna en el sombrero y le suplica desesperada.

—Usted, señor, que seguramente es muy bueno, puede rogar por mi hijita que está hace días muy enferma. Los médicos me han dicho que ahora sólo un milagro puede salvarla. Yo he salido de mi casa a pedir en la iglesia a Dios Nuestro Señor ese milagro. Mi hijita se muere y es castigo de Dios por mis tremendos pecados. ¡Ruéguele por mi hijita! ¡Yo seré buena!

Al decir esto, con una vehemencia dolorosísima, mi madre se arrodilla delante de aquel mendigo y sin preocuparse de la gente que pasa y se extraña de sus gestos, le toma la mano, y se la cubre de besos.

El pordiosero conmovido le pone esa mano sobre la cabeza y le manda con una voz inspirada y terminante:

—¡Vuelve a tu casa! ¡Tu hijita no morirá!

Mi madre no pregunta quién es aquel que en tal manera le anuncia el milagro y le ordena lo que debe hacer. Da un grito, se levanta y corre a su casa. Yo miro a mi arcángel pidiéndole una explicación.

El pordiosero se encamina a la Iglesia, cruza la verja que rodea su atrio y distribuye entre los varios pobres las limosnas que ha recogido. Yo miro la cara regocijada de aquellos infelices, y en el momento que he tardado en hacerlo, el

extraño pordiosero se ha alejado y se ha confundido entre los transeúntes de la calle y desaparecido.

—¿No adivinas quién es ese pobre?

—¡No! —respondo perplejo.

—Es Jesús bendito, en persona, revestido con los harapos de un mendigo y el aspecto de un anciano. No pocas veces desciende a la tierra con esta apariencia, a fin de dignificar a los pobres, más próximos a su corazón que los ricos soberbios y egoístas.

—¿Y la Santísima Virgen...?

—También ella, mi Dueña y Señora, suele bajar a la tierra vestida de mendiga, a pedir limosna a la puerta de algunas iglesias. Prefiere las más pequeñas, poco concurridas de fieles, en los barrios humildes.

—¡Oh, si las gentes supieran que cuando socorren a un mendigo puede ser que estén socorriendo al propio Jesús! ¡O a la Virgen! —digo yo.

—Si no lo saben, es porque no quieren saberlo. En el Evangelio, desde hace 20 siglos, se leen estas palabras de Jesús: *“La caridad que hicieréis a uno de mis pequeños hermanos, a mí me la hicisteis”*. Jesús llama “hermanos” a los pobres, a los presos, a los peregrinos.

—¿Entonces los que maltratan a los pobres, a los presos, a los que no pueden defenderse, maltratan a Jesús?

—¡Pues claro que sí!

XXIV

RUEGO POR MIS ASESINOS.

—¿Y los que maltratan a un niño que no ha nacido y que menos que nadie puede defenderse?

—Esos que cometen un crimen abominable, en la lengua de los hombres ni siquiera se llaman criminales.

—¿Y se puede pedir a Dios que perdone a esos criminales?

—Sí, pidiendo que les dé su gracia para que se arrepientan de su iniquidad. Jesucristo, Nuestro Señor, clavado en la cruz, pidió al Padre Eterno que perdonara a los culpables de su muerte, porque no sabían lo que hacían.

—¿Eso puedo decir yo de mis padres? ¿Que no supieron lo que hacían?

—Sí. Por malvados que hayan sido, si se arrepienten y piden perdón a Dios y prometen no volver a cometer la horrorosa iniquidad que te ha impedido vivir a ti...

—¡Y ser sacerdote y tal vez ser santo! —exclamé con una vehemencia que hizo sonreír al ángel.

—Tú puedes rogar por tus padres y devolverles bien por mal.

Entonces yo, enternecido, oré con todo mi corazón de esta manera:

—Mi Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, ayuda a mis padres a ser buenos y a arrepentirse. Y perdónalos para que no quiten la vida a sus nuevos hijitos, y no les impidan llegar al mundo y servirte mejor de lo que yo he podido hacerlo. Y que algunos de ellos sean religiosos y todos sean santos.

Con esto me sentí inundado por la más dulce de las esperanzas que pueda alguien concebir: que en su casa y de su estirpe nazca esa preciosísima vara de nardo que es un sacerdote, cuya mano consagrada realice cada día los dos más grandes milagros de Nuestro Señor Jesucristo, el perdonar los pecados de los hombres y el convertir el pan y el vino en la carne y la sangre del Verbo de Dios.

